

El joven creyente

Mons. Tihamer Toth



Mons. Thihámer Tóth

El joven creyente

Autor: Mons. Thihámer Tóth, obispo de Veszprém (Hungría).

Traducido del original húngaro por el Dr. Antonio Nebot, Magistral de Mallorca (España).

Resumen adaptado por Alberto Zuñiga Croxatto.

ÍNDICE

Los árboles rebeldes.....	7
La bendición de la fe.....	9
César en la tempestad.....	11
Empuje y sentido de la vida.....	14
En un mundo superficial.....	16
¿Qué me importa?.....	18
La maldición de la incredulidad.....	19
¿Felicidad sin Dios?.....	20
Abandonar a Dios es perderse.....	23
El mundo sin Dios.....	24
De la fe del joven a la fe del hombre.....	27
Cuando el cielo empieza a nublarse.....	28
Tus dudas.....	30
Los mendigos de San Martín.....	33
La moral sin Dios.....	36
«Lo principal es ser honrado».....	38
La caricatura de la fe.....	41
No quiero ser santo.....	44
Una religión a mi medida.....	45
Entre lobos.....	48
Religiosidad exterior e interior.....	50
Religiosidad verdadera.....	52
El joven creyente.....	53
Religión y carácter.....	55
¡Escoge!.....	56
Las tres preguntas del beduino.....	57
De Dios a Dios.....	58
¿Por qué vivo?.....	58
¡Alerta!.....	60
¿Basta con evitar los pecados graves?.....	61
¿Pecado o tentación?.....	62
Dios me ve.....	64
¿Cuánto vale mi alma?.....	66
¿Qué valor tiene esto para la eternidad?.....	67
Eternamente.....	68

Aún tengo tiempo.....	69
Fernando, piensa en la eternidad.....	72
Todo a mayor gloria de Dios.....	74
El ayuno.....	75
Orad en todo tiempo.....	76
¿Sueles rezar?.....	77
¡Sólo cinco minutos!.....	78
¿Sabes rezar?.....	79
El rezo de la mañana y el rezo de la noche.....	80
La madurez del alma.....	82
Tocan las campanas.....	82
A Jesús por María.....	83
Tu madre.....	83
¡No matar! ¡Tengo madre!.....	85
La verdadera libertad.....	86
¡Frecuenta la confesión!.....	87
La sangre vivificadora de Cristo.....	89
Comulgar es vencer.....	90
¡El Señor está en mí!.....	92
Sé coherente.....	93

AL JOVEN LECTOR

Al inaugurarse un nuevo curso comienzan las visitas de los muchachos a mi despacho. Los nuevos llaman a mi puerta con recelo, los ya conocidos con confianza. Se sientan junto a mi mesa, y en la soledad de mi cuarto silencioso me abren su alma joven. Al exponerme sus penas, sus preocupaciones y problemas, y al pedirme después consejo, —¿qué he de hacer?— he caído en la cuenta que cada joven es una mina de diamantes inagotable, un caudal lleno de promesas. Ayudarles en su formación me resulta no sólo un deber, sino un orgullo. Porque no hay misión más sublime en la vida que dar a beber de la fuente eterna de la verdad a las almas sedientas. No existe nada más grato a Dios que librar de la perdición a un joven, llamado a ser templo vivo de Dios.

Quienes no tratan a la juventud, no sospechan siquiera cuántas dudas, tormentos y tropiezos —quizá hasta la caída definitiva— puede experimentar la efervescencia sus almas, y cuánto necesitan sentir esas frágiles navecillas, en las tempestades de la primavera de la vida, una mano vigorosa que empuñe el timón en la dirección adecuada.

Y cuando en estas ocasiones he querido infundiros fuerza para la lucha, apaciguar vuestra alma alborotada o, bien, resolver vuestras dudas, me ha parecido que no sólo estaba sentado ante mí uno de mis estudiantes jóvenes, sino miles y miles de jóvenes, todos aquellos que están luchando con idénticos problemas, que no tienen a nadie quizá a quien pedir consejo.

Así nació este libro. Así es como me vino la idea de redactarlo.

No sé cómo te llamas. No sé que colegio, instituto o universidad frecuentas. Tan sólo sé una cosa: que eres estudiante, que en tu alma llevas el porvenir de la humanidad y que tienes problemas serios; y resolver tus dudas es mi obligación. Y antes de que lo leas debes saber que todas las líneas de este libro me fueron dictadas por el amor que profeso a los jóvenes y por el deseo de animarlos con nobles ideales. Te saluda, aun sin conocerte, y es tuyo,

EL AUTOR

Capítulo I

¡GUARDA TU FE!

Los árboles rebeldes

Para empezar, es necesario que conozcas la parábola profana de Jörgensen, pues el caso de los árboles rebeldes se repite en la vida de muchos hombres modernos.

Un esbelto álamo, propuso a los árboles y plantas del bosque un pensamiento lleno de orgullo:

— ¡Hermanos! —les dijo—, bien sabéis que toda la tierra nos pertenece, porque de nosotros dependen los hombres y los animales; sin nosotros no podrían vivir. Somos nosotros los que alimentamos a la vaca, a la oveja, al pájaro, a las abejas... nosotros somos el punto céntrico, todos viven de nosotros; hasta el mismo suelo va formándose de nuestro ramaje podrido... No hay en el mundo sino un solo poder que nos domine: el Sol.

Dicen que de él depende nuestra vida. Pero, hermanos, yo estoy convencido de que esto es sencillamente un cuento con el que se intenta asustarnos. ¿Qué no podemos vivir sin la luz del Sol? Es una antigua leyenda sin fundamento alguno e indigna por completo del árbol y de la planta modernos y libres de prejuicios...

El álamo hizo una pausa en su discurso. Algunos robles y olmos ancianos murmuraron en señal de protesta; más los árboles jóvenes inclinaron sus cabezas como muestra de aprobación.

Continuó el álamo con voz más alta:

— Sé muy bien que entre las plantas hay un partido de cabezas cerradas, el grupo de los viejos, que cree esa antigua superstición. Pero yo confío en el sentido de independencia de la joven generación; en ésta tengo puestas mis esperanzas. Es necesario que nosotras, las plantas, lleguemos un día a sacudir el yugo del Sol. Entonces surgirá una generación nueva, una generación

libre. ¡Adelante, pues, a la guerra de la independencia! ¡Tú, viejo reflector de las alturas, llega el fin de tu poder!

Las palabras del álamo se perdieron entre los gritos de asentimiento que de todas partes se levantaron; este entusiasmo juvenil, que se abría paso con fuerza salvaje, ahogó las silenciosas manifestaciones de desacuerdo que hicieron los árboles viejos.

— Declaremos la huelga contra el Sol —continuó de nuevo el álamo—. Durante el día suspenderemos toda función vital, trasladaremos nuestra vida a la oscura noche, llena de misterios. En la noche queremos crecer, florecer, exhalar nuestros perfumes y dar nuestros frutos. ¡Para nada necesitamos al Sol! ¡Somos libres!

Se clausuró la asamblea.

Al día siguiente, los hombres notaron cosas raras. El Sol brillaba espléndidamente, sus ardorosos rayos se difundían vivificadores desde el cielo; pero las flores, con los cálices obstinadamente cerrados, inclinaban su cabeza hacia el suelo. Los árboles dirigían sus hojas hacia la tierra; todos volvían la espalda al Sol. En cambio, al anochecer, los pétalos se entreabrían, y las corolas, pintadas de todos los colores, erguían su cuello hacia los pálidos rayos de la luna y la luz débil de las estrellas.

Pero pronto se vieron cambios extraños en toda la vegetación. El trigo estaba tumbado por el suelo, porque había crecido sin dirigirse hacia el Sol. Las flores empezaban a perder su color, sus pétalos se secaban, las hojas adquirían tintes amarillentos. Todo se inclinaba marchito hacia la tierra, como en pleno otoño.



Declaremos la huelga al
Sol,
—dijo el álamo—.
¡Para nada lo necesitamos!
¡Somos libres!

Las plantas entonces empezaron a refunfuñar, acusando al álamo. Pero el cabecilla de la rebelión, él también con las hojas secas, de un color amarillo canario, siguió instigándolas:

— ¡Qué tontas son, hermanas! ¿No ven acaso cuánto más hermosas, más bizarras, más libres, más independientes son ahora que cuando gemían bajo el dominio del Sol?

Algunas de las desgraciadas plantas seguían creyendo al álamo, y cada vez más amarillas y marchitas, murmuraban una y otra noche:

— Nos hemos vuelto más finas... Nos hemos vuelto más distinguidas. Hemos adquirido personalidad...

La mayoría, no obstante, se declaró contra la huelga antes de que fuese demasiado tarde y se volvió al Sol vivificante.

Al llegar la nueva primavera, el álamo seco erguía como triste espantajo sus ramas descarnadas en medio del bosque, que rebosaba con pujante fuerza de vida y trinos de pájaros; sus enseñanzas necias quedaron en el olvido; en torno suyo, las flores enviaban el perfume de su agradecimiento al viejo Sol, y todos los árboles verdes y frondosos se inclinaban en señal de homenaje al astro rey.

Al igual que los árboles rebeldes muchos hombres actualmente creen que dando la espalda a Dios, sol de las almas, es posible llevar una vida digna del hombre. ¡Cuidado, joven! No caigas en el mismo error, tienes el tesoro de la fe, guárdalo con especial cuidado.

¿Pero qué es la fe? La fe es creer en Jesucristo, Dios y Hombre al mismo tiempo, que se encarnó para redimirme con su Pasión y Resurrección, que está sentado a la derecha del Padre y que me envía el Espíritu Santo para santificarme. La fe es creer en su Evangelio, interpretado a la luz de la Iglesia fundada por Él. La fe es el requisito para amar a Jesús y cumplir sus mandamientos: «Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor» (Juan 15, 10).

La bendición de la fe

¿Sabes qué te otorga la fe religiosa? La convicción religiosa es la que te dará el temple de acero y la valentía en los momentos críticos de tu vida, así como la tranquilidad, la paz y la auténtica alegría.



La convicción religiosa es la que te dará el temple de acero y la valentía en los momentos críticos de la vida, la paz y la auténtica alegría.

Pero acaso te viene a veces la idea de que tus compañeros, un tanto frívolos y vacíos, que están siempre de juergas, son en resumidas cuentas los que saborean la felicidad. Quizás tu también hayas sentido ya la congoja que me comunicó uno de mis estudiantes: «Algunas veces me asalta el pensamiento de si vale la pena luchar. Yo libro combate día tras día contra mis malas inclinaciones, procuro conservar mi dignidad y pureza, mientras que en mi alrededor tantos y tantos jóvenes, de nada se preocupan y parecen vivir alegres y felices.»

Si tú, joven, has tenido también este pensamiento, ¡cuidado, no te dejes engañar por las apariencias!

El alma que ha roto todos los lazos que la unían con Dios no puede gozar de una felicidad verdadera. En la vida te encontrarás con hombres que son ricos, que tienen salud, que ocupan un puesto elevado y, no obstante, son terriblemente desgraciados. Algo les falta en su vida. ¿Qué les falta? La fe.

Te encontrarás con hombres que son ricos, que tienen salud, que ocupan un puesto elevado y, no obstante, son terriblemente desgraciados. ¿Qué les falta? La fe.



Recuerda al gran compositor Chopin, que en medio de la frívola sociedad francesa había perdido la vida de la gracia y vivía en pecado. Próximo a la muerte, recibió la visita de un amigo de la

infancia, sacerdote. Al oír las palabras de este viejo amigo, volvió a la fe, se confesó llorando de emoción y besando el crucifijo dijo: «Ahora he encontrado la fuente de la felicidad.»

¿Sabes que más da la fe? Consuelo en los días tristes. Ser hombre significa tener que sufrir. Sufrirás desilusiones amargas, fracasos, acaso tengas enfermedades. Muere alguno de los tuyos, a quien querías con amor entrañable. Tu madre guarda cama durante varios meses, y tú no sabes cómo aliviar sus penas. Te has trazado un hermoso plan, y en el último momento todo se derrumba. «¡Has de divertirme! —te aconsejan en tales ocasiones tus compañeros—, ve al cine, sal con los amigos...» ¡En vano! No sirve de nada. ¿Dónde hallar consuelo en trances semejantes? En el Evangelio.

La vida de la fe es el capital acumulado en tiempo de paz, cuyos intereses disfrutamos en medio de la desgracia. Porque solamente la fe nos enseña que en el sufrimiento, soportado con entera conformidad a la voluntad de Dios, se prepara la felicidad eterna que nos espera en el cielo.

Los caballeros de la Edad Media, antes de marchar al combate, pasaban su espada, con ademán de afilarla, por un pilar del templo. ¿Qué querían significar con esto? «Confío en mí mismo, pero confío también en Dios.» La confianza en Dios les hacía valientes y les comunicaba temple de acero a sus débiles fuerzas. Quien confía en Dios ha encontrado un aliado poderoso y no lucha a solas.

César en la tempestad

Aunque te azoten bravías las olas de la vida, sentirás admirable paz y tranquilidad si procuras acallar los recelos de tu alma con estas palabras:

«¿Qué temo? ¡Conmigo está Dios!» La confianza cristiana bien entendida no hace al hombre fatalista perezoso, sino que le da un optimismo rebosante de fuerza. Trabaja, obra como si pudieses contar únicamente contigo mismo, como si todo dependiera de ti; pero reza y confía en Dios, como si todo lo esperaras de Él. He aquí el arte de vivir según el sentido cristiano.



¿Qué temo? ¡Conmigo
está Dios!
Trabaja como si todo
dependiera de ti; pero
reza y confía en Dios,
como si todo lo esperaras
de Él.

En cierta ocasión se levantó una tempestad aterradora en alta mar que movía como un juguete a una orgullosa nave. Los viajeros estaban pálidos de espanto... las olas se levantaban espumosas..., los flancos del buque crujían..., y en medio del espanto, un niño jugaba tranquilo en el camarote.

—¿Y tú no temes, pequeño? —le preguntaron.

—¿Cómo voy a temer?; mi padre es el capitán del barco y el que maneja el timón.

También el joven creyente, en medio de cualquier prueba, siente que el timón de su vida esta en manos del Padre celestial. Y porque lo sabe, ninguna desgracia podrá quebrantarlo. Y este pensamiento le dará fuerza y le empujará a perseverar, aunque en torno suyo todos —los de poca fe— se desesperen.

Dos ranas, viajando alrededor del mundo, cayeron un día en un gran jarro de nata de leche. Una de ellas, de espíritu apocado, se encogió desesperada: «Debe de ser agua envenenada...; nada me salvará.» Se acurrucó y se ahogó. La otra, más valiente, no quiso rendirse tan fácilmente: «Es una desgracia —dijo para sus adentros—, pero hay que hacer un esfuerzo...» Empezó a dar golpes con las patas para intentar salir... no lo logró... Siguió remando, moviéndose desesperadamente...; en vano. Sus fuerzas ya se agotaban...; sus patas cansadas apenas podían moverse... «Ahora..., ahora llega mi fin... Estoy a punto de ahogarme». Y he aquí que siente de improviso que el suelo es algo más sólido y cada vez mas consistente bajo sus pies..., y al mismo tiempo una bolita de mantequilla se levanta para servirle de apoyo... con su movimientos había batido la nata, convirtiéndola en mantequilla. Por su esfuerzo constante llegó a salvarse del peligro.

¿Sabes que más te da la fe? Tranquilidad frente a la muerte. Todo en torno nuestro es un continuo empezar y acabarse, nacimiento y muerte. Mi conciencia se queda abrumada ante esta experiencia de todos los días y se rebela enérgicamente contra la destrucción definitiva, contra el aniquilamiento. En medio de este continuo perecer, de esta muerte general, nuestra única esperanza es la fe anclada en Dios imperecedero y eterno.



Todo en torno
nuestro nacimiento
y muerte. Nuestra
única esperanza es
la fe anclada en
Dios.

Haydin, el compositor de fama mundial, antes de morir resumió con estas palabras el programa de su vida: «Hice con mi vida lo que hice con mis composiciones. Siempre las empecé con Dios y siempre las terminé con una alabanza a Dios; de la misma manera, el pensamiento de Dios fue el hilo de oro que unió toda mi vida y quiero terminarla ahora también con una *alabanza a Dios*: ¡Gracias sean dadas a Dios!

Flores deliciosas, estrellas del firmamento, suaves ojos de niño... Si tengo fe, diré de esta manera: todo esto no es más que una sombra; la sombra o si quieren, el reflejo de la Belleza eterna.

Las desgracias me abruma, la enfermedad me atormenta, sufro lo indecible... Si tengo fe, pensaré: Todo esto es bien poca cosa comparada con la vida eterna que me espera, en la que gozaré de Dios sin mezcla de llanto ni pena.

Las desgracias me abruman, la enfermedad me atormenta, sufro lo indecible... Si tengo fe, pensaré: Todo esto es bien poca cosa comparada con la vida eterna que me espera...



Empuje y sentido de la vida

¿Sabes qué es lo que en definitiva te da la fe? Resumámoslo en pocas palabras: empuje y sentido de la vida.

Únicamente a la luz de la fe podemos ver por qué motivo vivimos en esta tierra. Tan solo la fe es capaz de brindar ideales por los cuales valga la pena luchar.

Mediante ella el trabajo cotidiano, el cumplimiento del deber, la honradez, el carácter intachable, se subliman para adquirir un valor sobrenatural.

Por ella nuestra vida se convierte en cumplimiento fiel de la voluntad de Dios, en una oración continua, en una total consagración al Señor.

Pero ¿por qué he de servir yo a Dios? ¿Por qué he de guardar los diez mandamientos? ¿No es el hombre dueño de sí mismo?

La razón está en que, de la misma manera que las leyes de la naturaleza sirven de base al mundo material, los mandamientos de Dios son el fundamento de la vida humana. *Dios no nos ha dado los diez mandamientos para quitarnos la alegría, para ponernos una carga, sino para nuestro bien.* Para la infinita felicidad de Dios poco importa en fin de cuentas que cumplas o no sus mandamientos. Pero no es lo mismo para ti: de ello depende tu felicidad o perdición.



Dios no nos ha dado los diez mandamientos para quitarnos la alegría, para ponernos una carga, sino para nuestro bien.

El Decálogo viene a constituir la base de la recta convivencia humana, hasta el punto de que, si Dios no lo hubiese promulgado, los hombres se habrían visto obligados a inventarlo. No ha de mirarse como freno de la libertad humana, sino como guía para una vida digna del hombre.

¡Amarás a Dios sobre todas las cosas!, dice el primer mandamiento. *A Dios*, es decir, al Dios verdadero. Y aquí aparecen ante nuestros ojos las terribles aberraciones de los holocaustos humanos en que cayó la idolatría pagana.

Jerjes, antes de emprender la guerra contra los griegos, hizo enterrar vivos a nueve jóvenes y a otras tantas muchachas para aplacar a los dioses paganos. Los hindúes rinden culto todavía hoy a las vacas, serpientes y monos. ¡En qué tinieblas espirituales habríamos de estar también nosotros si no tuviéramos el primer mandamiento de la Ley de Dios!

El segundo mandamiento, al defender la santidad del juramento, asienta la fidelidad y la veracidad humanas.

El tercero asegura al cuerpo el descanso que necesita todo organismo vivo.

El cuarto defiende la autoridad de la familia y del Estado, consolida los cimientos de la convivencia humana, del orden y del progreso.

El quinto protege la vida humana.

¿Y qué es lo que nos preserva de los abusos de la sexualidad? El sexto y el noveno mandamientos.

Y ¿qué es lo que defiende la propiedad legal? El séptimo y el décimo.

Y a ti y a toda la sociedad, ¿quién os protege contra la mentira? El octavo mandamiento.

Por consiguiente, servir a Dios, significa ser señor. El Decálogo es, por tanto, riqueza, ventaja y bendición de la humanidad.

¡Qué sería este mundo si todos los hombres cumplieren estos mandamientos! No necesitaríamos cárceles ni policía. No habría hogares destruidos. No tendrían que ponerse candados en las puertas, ni sería menester el trabajo de los inspectores en los autobuses. No habría felicidad traicionada... ni inocencia pisoteada... ni padres ancianos abandonados en la miseria... ni artículos calumniosos en los periódicos... Y no habría más guerras... ¡Oh, Dios mío, cuántas cosas cambiarían si los hombres te sirviesen de veras a ti, Señor, si guardasen fielmente los diez mandamientos!



No depende de ti, joven, el que los otros cumplan la ley o la infrinjan. Pero sí el que la cumplas tú mismo. Y de ello depende tu felicidad terrena y eterna. De esto depende: de que quieras servir con cuerpo y alma a Dios.

¿Y los que no quieran? ¿Qué será de ellos? Acabarán como los árboles rebeldes, tal como vimos al inicio.

En un mundo superficial

El mundo de hoy es tremendamente superficial. Muchos hombres pasan horas charlando sobre temas sin importancia, al mismo tiempo que emiten los juicios más despectivos, altaneros e irónicos respecto de las cuestiones más profundas de la vida. Para ellos lo principal es tener mucho dinero para comer hasta hartarse,

para divertirse de lo lindo y... ¡para de contar!: para ellos no hay nada más.

¡Cuántos hay de esta clase! De horizonte cerrado, no son capaces de ver nada más.

Entre los pájaros hay gorriones y águilas. ¿Qué necesita el gorrión? Le basta poderse tragar unos miserables gusanos, unos cuantos granos, algunas cerezas, y con esto, ¡cómo abulta el pecho!, ¡cómo se redondea!, ¡qué feliz! ¿Qué sabe el pobre gorrión de la vida de las águilas y de que éstas cifran en otras cosas su felicidad?

También entre los hombres los hay con corazón y estómago de gorrión. ¿Quiénes son éstos? Los que, a pesar de toda su riqueza y bienestar, tienen el corazón vacío y el alma árida y estéril. Los que no saben lanzar una mirada a las perspectivas infinitas de la eternidad. Aquellos cuyas almas, llenas de goces terrenos, se mueren de hambre y se secan de terrible sed. Se marchitan y mueren porque volvieron la espalda al Sol.

Alguno me dirá que ¡no es para tanto!, que también tiene alma la persona que no se acuerda de Dios, lo mismo que la que vive su fe religiosa; pero ¡que diferencia va de una a la otra! Fíjate, el carbón es carbono, y carbono es también el diamante; pero ¿no es cierto que estos dos carbonos son muy distintos? El alma alejada de Dios es un carbón oscuro, negro, insensible a la luz; el alma en gracia, que vive la fe, por el contrario, es un diamante que brilla con luz cristalina, que absorbe con avidez el rayo luminoso de la divina gracia y lo refleja con una alegría radiante.



El alma alejada de Dios es un carbón oscuro, negro, insensible a la luz.

El alma en gracia, que vive la fe, es un diamante que brilla con luz cristalina...

¿Qué me importa?

Muy raras veces encontrarás a un hombre inteligente que niegue claramente a Dios, que sea abiertamente ateo. Pero por desgracia, encontramos con harta frecuencia hombres que, si bien no niegan la existencia de Dios, tampoco viven su fe religiosa. No practican; son indiferentes y despreocupados.

También hay jóvenes de esta clase. Muchachos buenos, amables, educados, diligentes; pero en su interior los roe el gusano de la indiferencia religiosa. Por todo se interesan: leen mucho, son alegres, deportistas, bailan bien y son simpáticos...; temo por su futuro porque se muestran sordos e insensibles a lo principal.

¿Por qué son así? ¿Cómo llegaron a tal estado? Sería difícil dar una respuesta acabada y exacta.

Éste quizás ha leído, sin orden ni tino, toda clase de libros de filosofía o de ciencias, y le han trastornado las tesis filosóficas no bien digeridas y las hipótesis de las ciencias no comprobadas, sobre las que no estaba preparado para hacer una crítica adecuada.

Pero muchos son así por la indiferencia religiosa de su propio hogar y del ambiente en que viven. Por desgracia, el hecho es muy frecuente: el hombre actual se dedica a todo, corre detrás de todo; únicamente huye con prisas y desaliento de las cuestiones principales, las que atañen a la fe. *¿Qué me importa...?* Y se encoge de hombros.

Y sin embargo, joven, contéstame a esta pregunta: ¿Hay algo más importante que dar la solución definitiva a tales problemas? ¿No depende de esta solución toda la orientación de tu vida?

¡Qué diferencias, qué contrastes más agudos en la vida de dos hombres! El uno no concibe, más allá de esta vida terrena, otra vida más hermosa; el otro espera alcanzar la vida eterna.

Dar una respuesta a esta cuestión única es el deber más urgente de la edad juvenil. Puedo instruirme en toda clase de materias, si para mí no existe Dios, toda mi vida será incompleta y no tendré lo fundamental. ¿Qué soy sin Dios? ¿Qué vale la vida terrena, la más brillante, si no está en contacto con Dios, centro vivificador de todo espíritu creado?

Mundo sin Sol, noche sin estrellas, cuerpo sin vida, peregrino sin meta, hombre sin esperanza, huérfano de padre y madre; esto es el alma sin Dios.



Mundo sin sol, noche
sin estrellas, cuerpo sin
vida, peregrino sin
meta, hombre sin
esperanza, huérfano de
padre y madre; esto es
el alma sin Dios.

La maldición de la incredulidad

El hombre incrédulo tiene la inteligencia y la voluntad condenadas a sufrir. En torno suyo ve el gran mundo, lleno de bellezas admirables e inagotables; y para explicarlo no puede recurrir a Dios Creador.

Un delincuente, después de robar y matar a varias personas, huye al extranjero y vive allí una larga vida gozando de sus riquezas. El incrédulo piensa que es injusta la suerte de tal bandido, pero al fin y al cabo, la mejor; al mismo tiempo considera que el hombre honrado, el que se niega a sí mismo por servir a los demás, el que tiene una voluntad firme, el que es fiel a su deber, en el fondo es un tonto. Por eso llega hasta envidiar al que recurre con habilidad al engaño y al fraude: ¡Éste sí que se enriquece, es listo y sabe vivir!

Pero en otros momentos, es el incrédulo el que padece una terrible desilusión; busca la felicidad y no la halla, quiere gozar pero no sabe cómo y lleno de amargura se pregunta: ¿Para qué estoy en este mundo? ¿A quién le importa que yo haya salido de la nada y ahora esté aquí? ¿Qué sucedería si ahora, en este momento, con una bala de revólver pusiera punto final a esta vida llena de miserias? Por ello la vida se le hace muchas veces inaguantable. No se comprende cómo este hombre, que tanto medita sobre sí mismo y nada quiere saber de Dios, sea capaz de resistir una vida tan llena de resentimiento y de hastío.

El que no admite la existencia de Dios, no puede tener ideales verdaderos, alegría permanente y esperanza en el sufrimiento. El ateo nada posee, no se puede agarrar a nada firme, tan sólo disfruta de los momentáneos deseos y goces sensuales, lo mismo precisamente que al animal. No tiene los fundamentos mismos de su razón de ser.

¿Felicidad sin Dios?

Para el hombre no hay felicidad verdadera si no tiene fe y esperanza en Dios, si no siente el amor de Dios, porque el alma humana fue creada para Dios y el corazón no está tranquilo mientras no descansa en Dios. El alma humana no encuentra reposo fuera de Dios.



*Nos hiciste, Señor,
para ti, y nuestro
corazón está inquieto
hasta que en
descanse en ti.
(S. Agustín)*

Todo lo que hay en este mundo sigue su propia naturaleza. La estrella no puede pararse; una fuerza la mueve. El oxígeno y el hidrógeno no pueden combinarse si no conforme a las leyes químicas. No arde el fuego si no lanzando llamas hacia arriba. La piedra no se mueve por su propio peso más que hacia abajo. El aceite, dentro del agua, asciende a la superficie. Todo siente los impulsos de su propia naturaleza; todo se agita hasta encontrar su lugar; cuando lo encuentra, allí descansa.

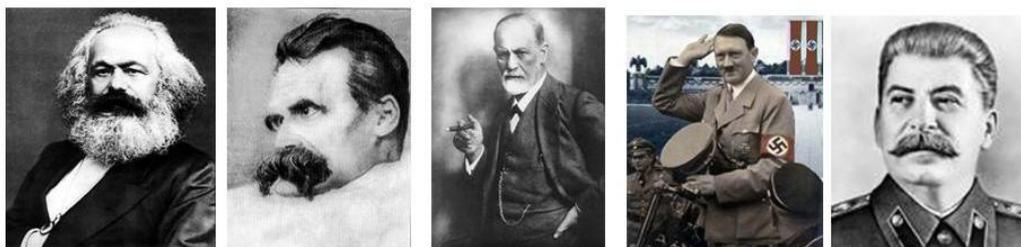
Lo mismo le pasa al alma humana cuando es arrancada de Dios; se pone intranquila, se agita, llora, busca, hasta que encuentra de nuevo a Dios.

El gran poeta Lenau, una vez que perdió la fe, no sabía dónde encontrar palabras para describir la aridez de su alma, un alma que

había vuelto la espalda a Dios. El mundo era para él como una ciudad muerta, llenas de oscuridad sus calles y él andando a tientas. Decía así el poeta: «Y perdí por completo la suave alegría del corazón en el momento en que abandoné el camino seguro de la fe».

Muchos jóvenes tienen dudas de fe al enterarse que un personaje famoso es incrédulo. En la mayoría de los casos la causa de tal incredulidad no está en la inteligencia sino en la voluntad, en la manera de vivir que se fue alejando de la voluntad de Dios. La luz brillante de la fe tan sólo puede arder en un aire puro: donde el aire moral está corrompido, sofocante, la fe empieza a brillar con mortecino parpadeo; después decrece y finalmente se extingue por completo.

La falta de fe en la mayoría de las personas no proviene tanto de la inteligencia sino de la voluntad, como en la manera de vivir, que se fue alejando de la voluntad de Dios.



Podría hacerse un libro muy interesante con los datos que nos ofrece la Historia sobre el mundo de los incrédulos y de los ateos, de como muchos de ellos cambiaron su parecer en la hora de la verdad, en la hora de la muerte.

No sé si conoces el nombre de Arturo Schopenhauer, el filósofo alemán (1788-1860) que durante su vida combatió obstinadamente al Cristianismo. En medio de los terribles dolores de la enfermedad suspiró muchas veces: «¡Dios mío, oh Dios mío!» El médico le preguntó con admiración: «¿De manera que hay Dios hasta para el filósofo?» El filósofo le contestó: «La filosofía sin Dios nada vale en el sufrimiento; si de nuevo me pongo bien, cambiaré por completo». Schopenhauer sanó, pero olvidó lo que había prometido, y al caer otra vez enfermo y oír al médico, que le recordaba su promesa, gritó fuera de sí: «Deje estas cosas de espanto; estas tonterías sólo sirven para los niños; el filósofo no

necesita de Cristo.» La misma noche murió de repente el desgraciado.

Heine, que tanto odiaba la religión, escribió a su hermano unos años antes de morir: «Atrevido, erguí mi frente contra el cielo... y por tal motivo estoy yaciendo ahora en tierra, como un gusano pisoteado. Gloria y honor a Dios en las alturas. Tu pobre hermano, Enrique.»

El mismo Heine, que en sus poesías cantó «el cuerpo única fuente de felicidad», escribe de esta manera en su testamento: «Hace cuatro años que abdiqué del orgullo filosófico y volví a las ideas religiosas, al Dios uno. Muero con la fe en el Creador del mundo, cuya misericordia humildemente imploro.»

También Nietzsche, el atrevido blasfemo, enloquecido al final de su vida, sintió un día la espantosa melancolía de su árida existencia. «¿A dónde ir aún con mis deseos?... Desde las cimas de todas las montañas busco la casa paterna... Pero no he encontrado hogar en ninguna parte... ¿Dónde está mi hogar? Lo pregunto, lo busco y lo he buscado. Pero no lo he hallado. ¡Oh eterno POR DOQUIERA, oh eterno EN NINGUNA PARTE, oh eterno EN VANO!»

Anatole France, el famoso novelista francés, murió después de haber destacado por las burlas groseras que lanzó contra la religión. No escribió casi nada que no fuese un dardo contra la religión y la moral. Acumuló gran fortuna gracias a sus libros. Tenía todo lo que podía desear. Y, no obstante, este profeta de deseos de goces ilimitados, según lo anotan sus biógrafos, estaba de mal humor y descontento continuamente. Su secretario, Bruisson, cuenta que Anatole France dijo a uno de sus amigos: «Si pudieras echar una mirada en mi corazón, te espantarías. No creo que pueda haber en el mundo hombre más desgraciado que yo. Hay muchos que envidian mi suerte; sin embargo, yo nunca he sabido en qué consiste la felicidad; no lo supe ni un solo día, ni un solo minuto.»

Ve, pues, cómo se debate el alma que ha perdido a Dios, porque «abandonar a Dios es perderse.»

Abandonar a Dios es perderse

Antes de la Primera Guerra Mundial tenían los franceses un escritor fanáticamente ateo: Enrique Lavedan. Nadie como él sabía mofarse de Dios y de la religión. Cuando estalló la guerra en el año 1914 y tuvo que alistarse, en una emocionante confesión pública dirigida al pueblo francés, revocó su irónica incredulidad:

«Me reía de la fe —escribe— y me juzgaba sabio a mí mismo... Me engañaba, y también les enseñaba a ustedes, que han leído mis libros y han cantado mis poesías. Era engaño, embriaguez, sueño vacío. Abandonar a Dios es perderse. No sé si aún viviré mañana. Pero he de decir a mis amigos: Lavedan no se atreve a morir como ateo. Alma mía, regocíjate, porque he podido llegar a la hora en que, hincado de rodillas, sé pronunciar: ¡Creo en Dios, creo, creo!».»

Es impresionante el caso de Voltaire, el guerrillero mayor del ateísmo. Dedicó casi toda su vida a pisotear la religión cristiana y su moral. Su divisa era la siguiente: «¡Ecrasez l'infame!» «Aplastad al infame!», es decir, a Cristo y a su Iglesia. Son innumerables los lectores que debido a sus libros se hicieron incrédulos e inmorales. Con derecho es llamado «el padre de la incredulidad». Y éste ateo enfurecido, al sentirse gravemente enfermo, pidió un sacerdote y quiso confesarse. Antes de la absolución, en un escrito firmado ante dos testigos, revocó públicamente las calumnias que había propagado contra la Iglesia y la religión, y expresó su esperanza en el perdón de Dios.

Pero no murió entonces. Recobradas algún tanto las fuerzas, fue al teatro, donde se representaba una de sus obras. Allí le recibieron con grandes ovaciones. Colocaron su estatua en el escenario y la cubrieron de flores y coronas; al final, uno de los actores ciñó con corona de laurel la frente de Voltaire en persona. Esta velada fue un golpe mortal para su enmienda; en medio de una sociedad incrédula, volvió a sus extravíos y fue lo que había sido antes de la enfermedad: un ateo que hace burla de las cosas santas.

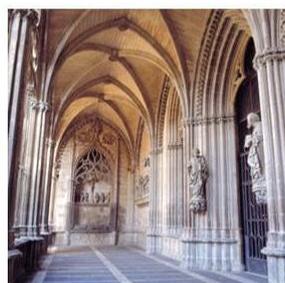
Al enfermar de nuevo gravemente, pidió otra vez que le atendiera un sacerdote. Pero sus amigos incrédulos, que rodeaban su lecho de dolor, no querían hablar siquiera de semejante demanda. Voltaire suplicaba, imploraba compasión; pero en vano.

Entonces, fuera de sí mismo, gritó desesperado: «Una mano me agarra y me lleva ante el tribunal de Dios... Aquí está el diablo y quiere llevarme... Veo el infierno; ¡ay!, ¡escondedme!» Uno de los asistentes salió corriendo del cuarto: «¡No —decía—, no hay manera de presenciarlo!» En el último momento, sus amigos llegaron a consentir que entrara el sacerdote; pero entonces la lucha mortal ya tocaba a su fin; el enfermo deliraba. No recobró sus sentidos.

Ahí tenéis el fin del «padre de la incredulidad». La enfermera que había asistido a Voltaire se cuidó bien en adelante de informarse previamente si el enfermo era creyente o no. «Estuve a la cabecera del lecho de Voltaire en su agonía —decía—, y no quiero presenciar la muerte de otro incrédulo.»

Porque «abandonar a Dios es perderse». Lo que hacemos contra Dios, lo hacemos contra nuestra humanidad: lo que hacemos sin Dios es cosa vana y perecedera; únicamente lo que hacemos por Dios tiene sentido, será duradero y eficaz.

Lo que hacemos contra Dios, lo hacemos contra nuestra humanidad: lo que hacemos sin Dios es cosa vana y perecedera; únicamente lo que hacemos por Dios tiene sentido, será duradero y eficaz.



El mundo sin Dios

Quitamos a Dios del mundo, y ¿qué es lo que queda? Una vida terrible, que en sí misma y en miles de pormenores es una flagrante contradicción; una existencia por la cual circula el veneno del dolor y del sufrimiento, y en cuyo término lanza su terrible carcajada el horror de la muerte.

Tiene razón Schiller: «Todo tambalea donde falta la fe.»

Sólo la fe puede explicar todos los problemas de la vida.

Conoces el Fausto de Goethe. Es la personificación de la lucha eterna que el hombre sostiene contra el mal y del anhelo que siente por el bien; todo lo prueba el protagonista; pero el poeta no halla otra solución satisfactoria que la fe en Dios. *La Divina Comedia* de Dante; la *Misa solemnis*, de Beethoven; el *Réquiem*, de Mozart; la *Creación*, de Haydin; el *Parsifal*, de Wagner; las obras de Bach, Liszt, Brahms, etc., de las cuales se escapa el afán de quien busca a Dios... todas estas obras no hacen sino corroborar la afirmación de Tertuliano, padre de la Iglesia en el siglo III: «El alma es naturalmente cristiana.»

Lo mismo dice Homero en la *Odisea*: «Todo hombre está hambriento de Dios.»

Cuanto más progresa el desarrollo técnico de la humanidad, cuanto más refinados son sus placeres, tanto menos puede saciar con estas cosas la sed del alma, creada para fines más altos. El alma humana anhela a Dios y por más que queramos colmar este deseo con las maravillas de la civilización moderna... en los momentos de silencio grita y solloza en nosotros la nostalgia de un alma que busca a Dios.

Es interesante el caso de algunos escritores ateos; cuanto más descreídos son, tanto más obstinadamente hablan de Dios. Y es que el ateo ha de hablar mucho a los otros contra Dios, porque su propia alma le habla a él de Dios. Quiere olvidarlo y justamente por esto habla tanto de Él.



**Cuanto más descreído,
tanto más arremete contra
Dios. Porque su propia
alma le habla de Dios.
Quiere olvidarlo pero no
puede, y justamente por
eso habla tanto de Él.**

«Imagínate un abrupto precipicio al que no llegan los rayos del sol, en que la nube nunca se disipa; y piensa también en la vida

terrible y que habrías de soportar si te desterraran a este lugar y hubieras de pasar tus días en la niebla, sin sol... y ni siquiera te fuera permitido trepar hasta el borde del precipicio para respirar un solo momento el aire sano» (Jeremías Gotthelf).

Algo análogo le sucede al ateo. Lo que es el rayo de sol para la naturaleza esto es para el alma la Luz eterna. Los hombres con frecuencia son víctimas del orgullo, y quieren erguirse como seres divinos, olvidando que todo lo que hay en ellos de luz, esplendor, inteligencia, ciencia y bondad, lo han recibido. En el alma de todos los hombres arde el deseo de un mundo mejor, más noble, más ideal. Y el deseo que arde en todas sus almas, ¿puede carecer de objetivo? Su anhelo, ¿puede ser vano? ¡No! Tiene que haber una perfección acabada, absoluta: ha de existir Dios.

Muchos son los que intentan construir su propia felicidad prescindiendo de Él. Verdad es que más tarde, en los años reposados de la madurez, son muchos los que vuelven al ideal que rechazaron. Lee, sino, la confesión de Goethe —el poeta de la vida espléndida y desahogada, homenajeadado por todas partes— hecha en los años de su vejez: «Siempre me alabaron como a quien le favorece de una manera especial la fortuna; no quiero quejarme, no critico el curso de mi vida. Y, sin embargo, no ha sido ésta más que fatiga y trabajo, y puedo decir que durante mis setenta y cinco años no he sido feliz ni siquiera cuatro semanas.»

Los árabes tienen una magnífica leyenda relativa al sollozo del Sahara. Cuando en la noche tranquila y estrellada una suave brisa recorre el inmenso desierto y hace chocar infinidad de pequeños granos de arena, produce el efecto de un gemido doloroso exhalado por una gigantesca fiera herida de muerte. «¿Lo oís? —dice el guía de la caravana—, ¡el desierto llora! Se queja de haber sido convertido en árido desierto; llora por los jardines florecientes, las mieses fecundas, los frutos sonrientes de que estaba cargado un día, antes de quemarse, antes de convertirse en desierto.»

Almas áridas, almas de desierto son también los hombres que no tienen fe. Puede ser que en el exterior intenten fingir que todo está en orden. Pero cuando en el silencio de la noche, entregados a sus pensamientos, están sentados al borde de la cama, solloza en ellos su alma árida y desierta por la incredulidad, y llora por las flores marchitas, por las alegrías muertas, que se han perdido sin esperanza.

Una vida sin Dios es un buque sin timón; una vida fuera de Dios es una vida mísera y vana; una vida en Dios es una vida plena y profunda.

No olvides que Dios es eterno, infinitamente poderoso, pero al mismo tiempo te ama infinitamente, porque es misericordioso, de bondad sin límites.

De la fe del joven a la fe del hombre

Los años de la Universidad han despojado a muchos jóvenes de su fe. La razón de esto se debe a que los estudios universitarios abren de continuo a sus ojos nuevos horizontes; una luz nueva se proyecta sobre sus conocimientos antiguos; tan sólo en sus conocimientos religiosos es donde hay detención, ya que entre las asignaturas de la Universidad no figura la religión. ¡Y si no fuera más que una parada! Pero van olvidando día a día sus conocimientos de religión, mientras progresan a pasos de gigante en las demás ciencias.

A la vez, les llegan todos los días ideas que tachan de inútil a la religión, que enfocan la vida con un criterio que no encaja con sus creencias. A la vez las pasiones golpean con más osadía las puertas del corazón: «Comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (Isaías, 22, 13). «¡Tu religión te prescribe una vida pura, abnegada! ¡Tonterías! ¡No se puede negar el derecho de la naturaleza!», les gritan al oído. Bastantes jóvenes empiezan a vacilar y dicen para sus adentros: «Lo que me explicaban en el colegio sobre la religión era muy hermoso entonces, pero ahora me parece una idea exagerada; entonces yo no conocía lo que es vivir, ni mi derecho a gozar. Las prohibiciones de la Iglesia me parecen tan anticuadas...!»

Son horas difíciles para el joven, horas en que tales tentaciones levantan su voz. Horas oscuras en que muchos perdieron todo su haber.

¿Sabes quién pierde todo su caudal? Quien perdió toda su fortuna, perdió mucho; quien perdió una pierna perdió aún más; quien perdió su fe lo perdió todo.

Medita el ejemplo típico de Fausto, protagonista de la obra de Goethe. Fausto pierde la fe; ¿qué hace entonces?

Primero se entrega a los placeres más desenfrenados e inmorales. ¿Es feliz, acaso? ¡Oh!, no. Reproches interiores le roen, un remordimiento amargo le atormenta en cada momento. ¿Cómo aquietta su alma? Se entrega por completo a trabajos científicos y artísticos. ¿Es feliz entonces? No. Su alma no puede saciarse. Entonces se lanza a la actividad febril del mundo moderno: hace planes, emprende obras, trabaja, crea sin cesar y en esto quiere encontrar su tranquilidad.

Lo mismo les sucede a muchos hombres de hoy, que no saben qué necesaria es la fe religiosa. Pasar como un rebaño, con los ojos clavados en la tierra, sin mirar al cielo; ¿es esto ser feliz? No. Es dejar de ser hombre. Tiene mucha razón el proverbio ruso: «Podemos vivir sin padre, podemos vivir sin madre; sin Dios no podemos vivir.»



Pasar como un rebaño, con los ojos clavados en la tierra, sin mirar al cielo; ¿es esto ser feliz? No. Es dejar de ser hombre.

Cuando el cielo empieza a nublarse

Si pasamos largo tiempo sin remover una piedra se llena de musgo; si tu navaja está sin usar, se llega a oxidar; si no haces deporte, se atrofia tu musculatura. Lo mismo sucede en el campo de la fe. A quien no vive su fe, primero le asalta la indiferencia, después la duda y más tarde una fe raquítica o acaso una completa incredulidad.

Por tanto, no sólo has de guardar tu fe, sino que has de ejercitarla.

Ejercítala, en primer término, mediante oraciones vocales. Todos los días, en la mañana, recita el Credo despacio, meditándolo. Da gracias a Dios por haberte dado la fe católica. Después, sobre todo, ejercita tu fe con una vida conforme a tus creencias, con una vida que saque su fuerza de la misma fe. Tu fe tiene que traducirse en obras.

— Yo quisiera creer —me decía en tono de queja un muchacho—, yo quisiera creer, pero ¡no sé!

— Joven —le contesté—, doblega tu voluntad. La fe es gracia de Dios, pero también depende de nuestra voluntad. Dios concede la gracia, pero a ti te toca colaborar con tu voluntad. Dices que no puedes creer. No importa. Clama al Señor con los apóstoles: «Auméntanos la fe» (Lucas 17,5). Y clama también como el padre del joven enfermo: «¡Oh, Señor!, creo; pero ayúdame en mi incredulidad» (Mc 9, 24).



A quien no vive su fe,
primero le asalta la
indiferencia, después la
duda y más tarde una fe
raqútica o acaso una
completa incredulidad.

Te quejas de no hallar gusto en la oración, que vas sin entusiasmo a la Misa y te aburre toda actividad espiritual. No importa. Por eso, justamente por eso, has de cumplir tus devociones ordinarias, pero con la mayor fidelidad posible; por eso también has de procurar asistir con el mayor recogimiento a la Santa Misa.

— Pero —pensarás acaso— de nada sirve una religiosidad forzada.

Te engañas. El Señor no mira el resultado obtenido, sino tiene en cuenta la voluntad. Y acoge con amor todos nuestros esfuerzos cuando nuestra buena voluntad lucha contra la indiferencia y la tentación.

Por tanto, sea cual fuere la duda religiosa que te atormente, reza metódicamente de hoy en adelante, acude a confesarte con frecuencia y no dejes de comulgar. *El joven que reza, se confiesa y comulga*, no cae en la incredulidad, aun cuando le asalten graves tentaciones de duda respecto a la fe. Reza en estos trances la siguiente oración:

¡Señor, no sé creer! Por lo menos, siento algo así como si no pudiera creer. El cielo se nubla ante mis ojos, todo el mundo se

oscurece, pero ¡Señor, yo quiero creer en Ti! ¡Quiero, quiero! Ayúdame en mi incredulidad.

Tus dudas

Te quejas de que la duda atormenta tu fe. Quiero tranquilizarte: lo que los jóvenes llaman dudas de fe normalmente no son más que una tentación. Bien es verdad que para muchos es una lucha ardua, que han de combatir hasta el final; pero ni los mismos santos se vieron libres de semejantes luchas.

Son muy pocos los hombres que no hayan tenido dudas religiosas. Un día es el autor de un artículo periodístico quien se permite bromear ligeramente sobre una verdad religiosa; otro día es un “artículo científico” que ataca alguna verdad de fe; en otras ocasiones oyes opiniones completamente descarriadas sobre el catolicismo. ¿Es pues extraño que te asalte la duda?: *¿Y si no es en realidad como enseña nuestra fe?*

¡Creer, creer! —es lo que exige de nosotros Jesucristo—. Esto nos pidió durante su vida entera: «¡Creed en Mí!» «El que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere se condenará» (Mc 16, 16).

Pero ahora, en el «siglo de la ciencia» algún joven se pregunta: «¿Por qué motivo Nuestro Señor Jesucristo puso justamente la fe por base de la religión y no la ciencia? ¿Por qué dijo que quien creyere se salvará? ¿Por qué no dijo: el que comprendiere mis enseñanzas, el que entendiere mis principios, el que penetrare en sus misterios, éste se salvará? ¿Por qué no dijo: bienaventurados los instruidos, bienaventurados los sabios, bienaventurados los inteligentes...?»

¿Sabes por qué? Porque Él bajó a la tierra por amor a todos los hombres, por la humanidad entera, por todos. ¿Y podrían ser todos sabios? No. ¿Puede ser todo el mundo instruido y tener grandes estudios? No.

Pero, ¿puede creer todo el mundo? Sí. El niño y el anciano, el pobre y el rico, el estudiante y el profesor, todos pueden creer con la misma humildad en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, las cuales ciertamente no pueden todos comprender en la misma

medida. Por tal motivo, la fe es la base de la vida religiosa; porque todos pueden ser profundamente creyentes.

¿De dónde brota, pues, la incredulidad? De la jactancia, del orgullo humano.

«En Dios hay tres Personas, pero no hay tres dioses, sino uno solo. No comprendo cómo puede ser esto; por lo tanto, ¡no lo creo!»

«El sacerdote dice sobre la hostia: *Este es mi cuerpo*, y desde aquel momento el cuerpo sagrado del Señor, Jesucristo, está presente bajo la especie de pan; ¡no lo comprendo, no lo creo!»

El limitado entendimiento humano se inclina con preferencia a no creer lo que no puede comprender. Por lo tanto, la causa de muchas dudas religiosas es exactamente el orgullo.

Me replicas que tus dudas no provienen del orgullo, que quieres creer con el alma humilde y, no obstante, te agujonea la duda. Entonces es la Divina Providencia la que te permite estas dudas como pruebas destinadas a que le puedas demostrar tu amor y confianza. ¡No te alarmes! Estas dudas en materia de fe y estos problemas que por su misma incertidumbre te atormentan no son del todo ajenos ni siquiera a las almas más profundamente religiosas. En el plan de Dios tienen su función. ¿Qué mérito podríamos tener si penetráramos las verdades de fe con tanta claridad como la verdad de «*dos y dos son cuatro*» y así lo «creyéramos»? ¿A quién se le imputa como mérito el «creer» en la operación de sumar? A nadie. Porque no puede obrar de otra manera. El entendimiento humano se ve forzado a aceptar en este punto la verdad.

No sucede lo mismo con las verdades de fe. Bien es cierto que ninguna de ellas es contraria a la razón; pero hay muchas que están más allá de los límites de nuestra comprensión. Para aceptarlas se requiere *no sólo que la razón se incline*, sino también que *la voluntad asienta*. Y lo que hace meritoria la fe es que en ella ha de concurrir también la voluntad del hombre. Tanto mayor será mi mérito cuanto más firme sepa conservar mi fe contra las angustiosas dudas en medio de las tentaciones.

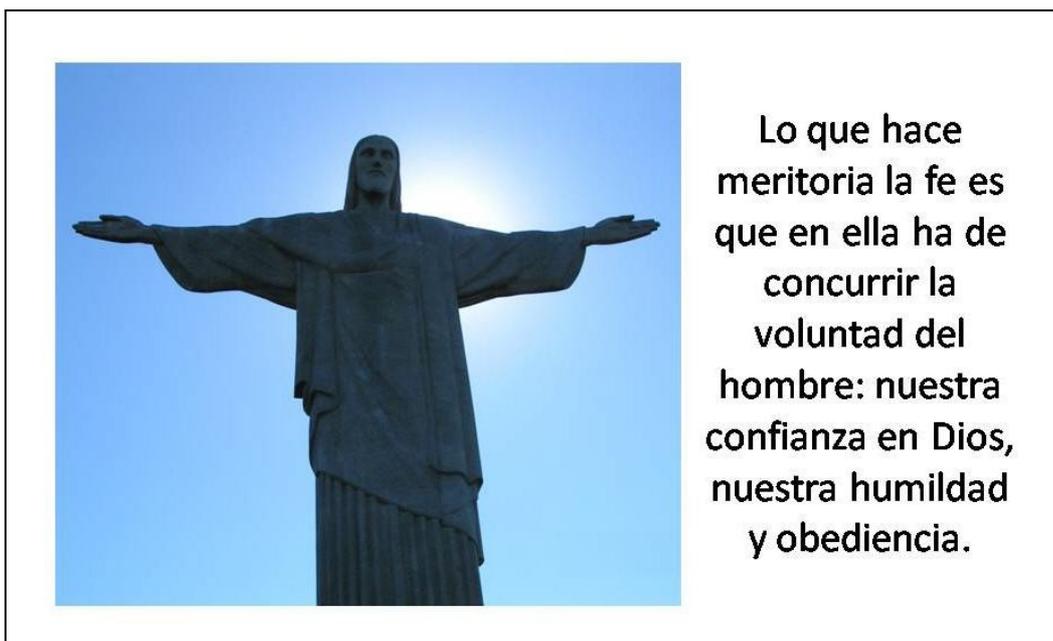
Habrán jóvenes que cavilen mucho tiempo sobre este punto: ¿por qué no manifestó Dios de una manera más clara, más palpable, las enseñanzas de la fe? Dicen, por ejemplo: «Cristo

resucitó de entre los muertos»; lo creo. Pero ¡cuánto más fácil me sería creerlo si después de la resurrección le hubiesen visto no sólo sus discípulos, sino también sus enemigos! ¿Por qué no aplastó con su aparición a los fariseos y escribas que se alegraban de su muerte, como había derribado en tierra a los soldados en el huerto de Getsemaní?

«El Papa, al promulgar *ex cathedra* un dogma de fe o de moral, es infalible; lo creo. Pero ¡cuánto más fácil sería creerlo si Jesucristo hubiese hablado a Pedro poco más o menos de esta manera!: «Tú eres la cabeza de la Iglesia, y si tú, o bien tus sucesores, enseñareis a vuestros fieles un dogma de fe o una ley moral, seréis infalibles...»

¿Por qué no obró y habló Jesucristo de esta manera, claro como la luz del Sol? —piensan algunos jóvenes para sí.

Y, sin embargo, siguiendo el punto de mira más arriba señalado, podrían encontrar con facilidad una respuesta a sus cavilaciones. Dios *no quiere forzarnos a la fe*, que de esta suerte ningún mérito tendría; antes al contrario, quiere que en la fe haya de concurrir también nuestra voluntad. Manifestó las verdades de la fe con bastante claridad para que con juicio imparcial fuesen aceptadas; pero, por otra parte, dejó ciertos lados oscuros, para que haya margen para la fe, es decir, para una obediencia humilde y, por tanto, meritoria de la voluntad.



¿Qué has de hacer, pues, si te atormenta la duda respecto de la fe? Vence al enemigo con sus propias armas.

«¿Quién sabe si hay Dios...? Quizá no haya vida ultraterrena...» Así hiere la duda tu cerebro. Reza, meditándolo, el *Credo*.

«Acaso no está presente en el Santísimo Sacramento Nuestro Señor Jesucristo...» Como un rayo relampaguea esta idea en tu entendimiento. Arrodíllate despacio ante el Santísimo para adorar al Señor.

Si tienes dudas respecto a dogmas que no podemos penetrar por completo, ni siquiera después de la divina revelación, ten cuidado con que tu razón no se obstine en querer ver con toda claridad cosas que por tu limitado alcance nunca podrás comprender.

No has de usar el mismo procedimiento con las dudas que se refieren a verdades de fe que están dentro de los alcances de la razón. En este caso, es tu deber averiguar y buscar la respuesta a la cuestión, acudiendo a una persona espiritual con experiencia o leyendo algún libro que te las aclare.

El orgullo y la conciencia desordenada inducen fácilmente a la incredulidad. Hay jóvenes que están convencidos que son muy inteligentes, listos, las "cumbres del saber", desde el momento en que se atreven a manifestar ante sus compañeros en alta voz que ya no creen en las enseñanzas de la Iglesia, que ya no son "niños", se burlan de la confesión y les importa muy poco Dios...»

Pero si tuvieran un poco más de experiencia de la vida sabrían que «servir a Dios es reinar», y que, en cambio, quien se separa de Dios y no quiere servirle, en el mismo momento se hace siervo, aún más, esclavo; esclavo del dinero, del placer, del respeto humano...

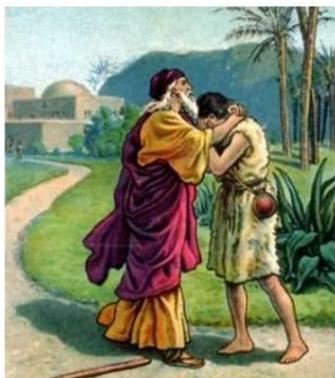
Quien niega su mano a Dios, en el mismo momento la tiende a Satanás, y quien desvía su mirada del cielo estrellado también pierde en su vida terrena la luz, la felicidad, el ideal esplendoroso.

Los mendigos de San Martín

Es un hecho que en torno nuestro hay hombres que naufragaron en la fe, hombres incrédulos. Si creer en Dios tiene tantas ventajas, ¿cómo se explica esto?

Muy triste es el hecho, pero es así; hay hombres que han perdido la fe. Esta es la mayor de las tragedias que puede acaecer al hombre. La causa normalmente no es la razón, sino el corazón; no los argumentos del entendimiento, sino el sentimiento; no las dificultades científicas, sino las morales.

Si pudiéramos limitarnos a una «fe» meramente especulativa, apenas habría incrédulos en el mundo. Pero de los dogmas de fe brotan consecuencias morales muy serias tocantes a nuestro modo de vivir, a nuestras acciones, a nuestras palabras, y aquí es donde en muchos casos se oculta el problema. Nuestros dogmas de fe nos exigen evitar el pecado, vencer nuestras inclinaciones pecaminosas aunque nos seduzca el placer prohibido, tener a raya nuestras pasiones: la ira, el egoísmo desenfrenado, la impureza, el odio...; extirpar hasta las raíces de nuestras culpas. Y si, a pesar de todo, fallamos, que lo declaremos con sincero arrepentimiento en el Sacramento de la Penitencia. Es decir, de la fe se deriva una lucha, un combate incesante: la lucha contra los propios defectos y el esfuerzo por llegar a ser más perfectos.



La mayoría no quieren creer, porque ello les supondría cambiar su forma de vivir.

Y es ésta precisamente la causa de que muchos hombres no crean. No quieren creer, porque entonces tendrían que cambiar su modo de vivir. Y se sienten muy a sus anchas en sus pecados actuales, tan a sus anchas como los dos mendigos paráliticos de San Martín. ¿Quieres saber quiénes eran?

En cierta ocasión eran llevadas en procesión solemne las reliquias de San Martín de Tours, y por donde pasaban curaban a los enfermos. Se enteran dos mendigos paráliticos que estaban en el camino de que por allí iban a pasar las reliquias, y con pánico se vuelve el uno al otro y le dice: «¡Ay, compañero!, vámonos aprisa

de aquí. Porque ¿qué será de nosotros si también nos cura? ¿De que viviremos entonces?»

¿Ves? Ese es el motivo por el que muchos hombres no creen. Porque ¿qué sería entonces de ellos? No podrían seguir viviendo en una parálisis espiritual, en el pecado.

El hombre cargado de pecados, para defenderse de los reproches que le dirige su propia conciencia, hace muchas veces como el avestruz al ser perseguido por los cazadores, corre enloquecido, huye y al pararse agotado por la carrera, esconde la cabeza en la arena y piensa: ahora ya no hay peligro; sencillamente porque no lo ve.

El pecador podría librarse con facilidad de los zarpazos de la conciencia que le persigue; le bastaría abandonar el pecado. ¡Pero no! Prefiere cerrar sus oídos, y para no ver el peligro de condenación eterna que le amenaza, niega la otra vida, niega a Dios, niega la fe.

Así se comprende cuánta razón tenía Rousseau —aquel escritor francés que ciertamente no brilló por su religiosidad— cuando decía: «Encamina tu alma de manera que haya de desear la existencia de Dios, y así no tendrá duda sobre esta verdad.»

Capítulo II

Abandonar a Dios es perderse

La moral sin Dios

La moral es un tesoro tan imprescindible que, según el sentir general, indiscutiblemente la humanidad necesita conservarla. Por desatinada que sea la manera de pensar que algunos tienen en lo tocante a la religión, no obstante, éstos mismos se apresuran a manifestar su parecer de que es necesario defender la moralidad y asegurarla para el bien de la humanidad.

Pero la cuestión importante es precisamente ésta: *¿se puede hablar de moral sin religión?* ¿Puede cumplir los preceptos morales el hombre que no tiene religión?

Cuando se coloca una brújula en un buque se la aísla cuanto es posible de la influencia de las corrientes magnéticas que se producen en el casco metálico del barco. En el camino de la vida, la razón humana es la brújula, pero las corrientes que se originan en el cuerpo —las inclinaciones al mal— pueden fácilmente desviarla de la debida dirección y empujarla por el camino fácil de la inmoralidad. Por eso es importante tratar de mantener la brújula de la razón en la dirección correcta, impidiendo que pueda ser influenciada por las corrientes y olas alborotadas, por los incentivos engañosos del mundo.

Si no es Dios quien señalase el criterio de moralidad, sino que lo designasen los hombres, entonces muy malparada quedaría la moralidad. Porque lo que a mí me parece pecado podrá parecer a otro virtud. Por tanto, en sentido estricto no se concibe que hable de moral quien no cree en un legislador que está por encima de la Naturaleza, ni quien no cree en una vida sobrenatural que rebasa los límites de la vida terrena. El hombre ha de empezar por conocer quién es él en su naturaleza, cuál es su destino, y sólo así podrá después comprender lo que ha de hacer.

La vida moral lleva consigo luchas. Un niño expresó este mismo pensamiento de la siguiente forma: «¿Cómo es que es tan difícil ser bueno y es tan fácil ser malo?» ¿No has sentido también tú, innumerables veces, este antagonismo trágico que hay en nuestro interior? La razón serena ve lo bueno y lo desea; pero nuestra naturaleza corrompida nos empuja al pecado.

Pues bien, los muchos sacrificios, las continuas abnegaciones que día tras día me impone una recta moral, únicamente podré realizarlos si mis anhelos están en íntimo contacto con el supremo Bien, por quien vivo, a quien todo lo refiero y de quien puede recibir mi voluntad perseverancia a toda prueba. Con otras palabras: sin fe arraigada, sin creer en Dios, no puede mantenerse la moralidad.

Pensamiento fue de un sabio griego que el alma humana viene de un mundo completamente perfecto, y por tal motivo todas las veces que en la tierra caemos en una imperfección, cuando cometemos alguna mala acción, sentimos en nuestra alma el pinchazo de una espina, un profundo descontento, un reproche contra nosotros mismos, aunque nadie se entere de nuestro desliz. Y el alma solamente es dichosa si hace algo que le recuerda aquel mundo celestial, de donde procede.

Voltaire, el famoso ateo, invitó a comer en cierta ocasión a sus amigos D'Alembert y Diderot, también ateos. Al sentarse éstos a la mesa, suscitaron una conversación atea. Voltaire los interrumpió en seguida. «Os ruego que no habléis cosas semejantes en presencia de mis criados; porque si oyen doctrinas de este estilo y quieren vivir conforme a ellas, no respondo de nuestras vidas.»

Napoleón prohibió la lectura de libros ateos movido por este argumento: «No me siento con fuerzas para gobernar un pueblo que lee a Voltaire y Rousseau.

Heine, el célebre poeta alemán, al admirar la antigua catedral gótica de Amberes, exclamó lo siguiente: «Claro está: ¡en aquellos tiempos los hombres tenían dogmas, tesis de fe firmes! Nosotros no tenemos más que opiniones. Y con opiniones no se pueden construir catedrales.» Tenía razón Heine.

La personalidad, el carácter, también es un templo gótico, cuyas esbeltas columnas quieren elevar al alma a las alturas, arrancándola de las mezquindades del egoísmo, de las pasiones, de las malas inclinaciones; pero el gran edificio de la vida moral no

tendrá la resistencia necesaria si no lo asentamos sobre la piedra granítica y firme de la fe anclada en Dios.

Teóricamente se podrán inventar hermosos sistemas morales y construirlos sin fundamento religioso. Pero no pueden trasplantarse de los libros a la vida real, porque les falta la fuerza que infunde vida a la teoría. Es fácil pregonar la moral, pero es difícil asentarla sobre bases firmes. ¿Qué vale el cuadro más hermoso si se esconde en la oscuridad y no le llega la luz? Igual le ocurre a la teoría moral si no recibe la luz de los cielos, la fuerza de Dios.

Según el sentir de Goethe, el hombre religioso merece toda confianza: «Quien siente a Dios merece alta estima, porque no será malo su proceder.»

¿Puede tener el hombre una moralidad intachable si no cree en Dios, si no cree en la vida ultraterrena y eterna? Si la vida humana es tan sólo esto y no hay vida eterna, ¿quién o qué cosa nos dará fuerza para perseverar en la honradez, en la moral, en el bien, si por ello hemos de sacrificar ventajas terrenas, éxitos, fortuna o goces sensuales? Sí, ¡por la vida *eterna* estamos dispuestos a sacrificar intereses *pasajeros*! Pero ¿dónde está el hombre que quiera cambiar lo pasajero y caduco por lo que también va a perecer?

Dios es el fundamento de la moralidad



Si la vida humana fuese sólo esto y no hubiese vida eterna, ¿quién o qué cosa nos daría fuerza para perseverar en la honradez, en el bien, si por ello tuviésemos que sacrificar ventajas materiales, éxitos, o placeres?

«Lo principal es ser honrado»

«El que sigas ésta u otra religión y hasta el que no tengas ninguna, al fin y al cabo es secundario. Lo principal es ser honrado. ¡Y esto basta!». Tales disparates oírás en la vida. «Esto basta» Un

escritor francés, Segur, contestó brevemente a esto: «Naturalmente, hasta para no acabar en el patíbulo; pero no basta para entrar en el cielo.»

Pero yo no quiero pasar ligeramente sobre esta cuestión. Debemos contestar con argumentos a frases tan vacías cuando se nos presente la ocasión.

Pregunto en primer término: «Si es indiferente que el hombre siga ésta u otra religión, ¿por qué sufrió tanto Nuestro Señor Jesucristo para darnos un concepto integro de Dios y del recto modo de cómo hemos de honrarle?»

Doy un paso más y pregunto: «Lo principal es ser honrado: estamos de acuerdo; pero, *¿puede ser honrado el hombre que no cree?*»

Si contestas sin previa reflexión, saltarás en seguida con la respuesta: «Naturalmente que puede serlo. Mire sino a los señores N., P., X... Sé de cierto que no van por la iglesia; se confesaron por última vez el día de su boda y, no obstante, son hombres honrados de pies a cabeza.»

En cambio, tómate tiempo para meditarlo un poco; me parece que contestarás de manera muy distinta. ¿Quién podrá negar que haya hombres «honrados» que, por desgracia, no se preocupan de la religión?

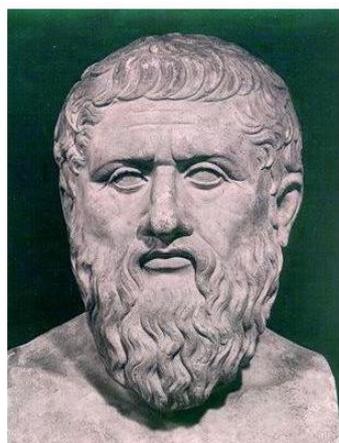
Mas examina de cerca qué entienden por «honradez», por «portarse bien», y quedarás pasmado. Porque su honradez, en la mayoría de los casos, se limita a cumplir escrupulosamente las leyes de la cortesía y las reglas de la decencia exterior, a no infringir en un ápice las leyes del Estado.

Pero ¿en su interior?, ¿su alma?, ¿sus pensamientos?, ¿las acciones que realizan en secreto? De todas estas cosas nada sabe el mundo, no las conocen los hombres. Pero Dios, que penetra en lo escondido, muchas veces no ve más que podredumbre y un montón de basura debajo de un exterior elegante y un vestido perfumado.

Lee la opinión de un escritor célebre respecto a tal clase de honradez: «Según la honradez de la época actual, según la “moral” de la mayoría, es honrado el hombre que paga sus deudas más urgentes, no se deja coger en mentira, no da escándalos públicos, observa en sus negocios el código penal, contribuye a las colectas

públicas, da la satisfacción debida, viste correctamente y posee una cultura aceptable.» (Salter Rathenau). En esto está todo.

La sociedad humana necesita hombres incondicionalmente honrados. Pero tan sólo en el creyente podemos encontrar tal honradez incondicional. Quien no tiene vida religiosa tampoco tiene fuerza moral, la única que podría ayudarle a perseverar en el camino del bien, a pesar de las circunstancias terriblemente difíciles de la vida. Únicamente la fe, vivida de verdad, le dará arrestos para que, cuando le ahoguen las circunstancias económicas angustiosas, no se deje sobornar por ventajas ilegítimas; para que el magistrado no mida la justicia con parcialidad; para que el profesor no dé calificaciones injustas... Por esto tiene razón Platón al escribir: «Quien ataca a la religión, asesta sus golpes contra las bases de la sociedad.»



*Quien ataca a la religión,
asesta sus golpes contra
las bases de la sociedad.*

Platón

Y si, a pesar de todo, ves hombres verdaderamente respetables, hombres de carácter que, según tu opinión no tienen espíritu religioso, puedes dar por sentado que también su honradez recibe savia de la fe religiosa, aunque tal vez ni ellos mismos se den cuenta de ello. Acaso recibieron una *educación religiosa* en la niñez y más tarde dejaron de practicar la religión; pero, en realidad, *es la concepción religiosa de la vida la que los ennoblecó* tanto, que ahora consideran la honradez como virtud natural del hombre. Son como la pradera fresca y llena de flores, porque calladamente, bajo tierra, ignorada de todos, la riega el riachuelo vivificador de la fe.

La sociedad actual, a pesar de las apariencias, tampoco vive en absoluto sin Dios. El pasado, dos veces milenario, impregnó insensiblemente nuestra vida de pensamientos cristianos en tal

medida que hasta quien se cree ser honrado sin tener fe religiosa se nutre con la fuerza oculta del Cristianismo. Cuando se pone el Sol no entra de repente la oscuridad: los rayos difusos siguen iluminando la tierra durante largo tiempo.

Si de veras tropiezas con hombres honrados que no tienen fe religiosa, obsérvalos más de cerca para ver que es lo que los separa del Cristianismo. ¿Lo que hay en ellos de noble, de grande? No, sino los rasgos mezquinos, limitados, superficiales.

«Busquen un pueblo sin religión —escribe el filósofo inglés Hume—, y si lo encuentran, comprobarán desde luego que no se diferenciará mucho de una manada de fieras.» Así es realmente: la sociedad sin Dios acaba convirtiéndose en una banda de ladrones donde la vida de la persona se hace insoportable.

Todos los días leemos con espanto noticias de suicidios. Hay que reconocerlo: la vida no es juego de niños, sino que es trabajo duro y tiempo de serias pruebas. Con frecuencia nos inunda todo un diluvio de desgracias, y en estos trances, nuestra única esperanza, nuestra fuente de energía, nuestro apoyo, no puede ser otro sino la fe en Dios; la creencia firme de que esta vida terrena no es mi única vida; la firme convicción de que esta vida es el tiempo de recoger méritos, el tiempo de la fidelidad, de la perseverancia, del trabajo, y quien «persevera hasta el fin alcanzará la corona de la vida». Sin esta fe firme no podemos vivir y no ha de sorprendernos el que los hombres que han perdido la fe huyan cobardemente de las dificultades de la vida a balazos de revólver.

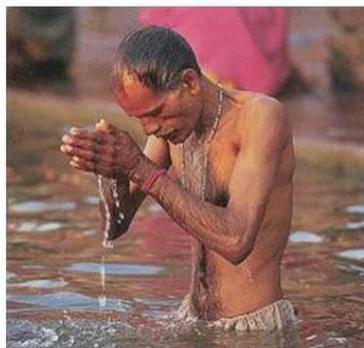
La caricatura de la fe

Un sabio alemán educó a su hijo completamente apartado del mundo y nunca pronunció ante él el nombre de Dios. De este modo quiso probar si el alma abandonada a sí misma llegaba al conocimiento de Dios. Al cumplir el niño los diez años, su padre observó que por las mañanas su hijo se iba a escondidas al jardín. Le siguió en secreto, y ¿qué vio? El muchacho, hincado de rodillas elevaba las manos juntas al Sol naciente.

¡Pobre muchacho! Tomó por creador a la criatura, por rey al criado. Pero aún así dio un testimonio elocuente de que el alma

humana por su propia naturaleza suspira por Dios, y, si le cegamos las fuentes de la religión verdadera, cae en toda clase de errores.

Por más que retrocedamos en la historia de la humanidad, *no encontramos un pueblo sin religión*. La religiosidad es un constitutivo de la misma naturaleza humana; la negación de Dios es una violencia que se hace a la naturaleza.



La religiosidad es un constitutivo de la misma naturaleza humana.
Negar a Dios es violentar la naturaleza.

El alma humana busca a Dios: si le cierran el camino a la fe verdadera, en su sed de Dios se acoge a toda especie de «*substitutivos*» religiosos. En nuestros días están de moda las prácticas supersticiosas más insensatas. Y no sólo les pasa a los ignorantes. Desde la buena suerte que se busca en los naipes, pasando por el augurio que hace sobre la palma de la mano la gitana, hasta los errores del espiritismo. Quien no cree en Dios creará en las almas vestidas de sábanas que vienen a espantar a medianoche. Quien se niega a aceptar el *Credo* admitirá mil creencias ridículas. Le sucederá lo mismo que a aquel hombre que muchas veces se las daba de incrédulo, pero no se atrevía a pasar de noche junto a un cementerio.

El hombre no soporta mucho tiempo la incredulidad absoluta. Durante un tiempo podrá negar la religión, pero si no puede dar satisfacción a este deseo de lo sobrenatural mediante una religiosidad verdadera, más tarde o más temprano acabará surgiendo en su alma la imagen deformada de la religiosidad. El alma humana tiene horror al vacío; si la despojamos de la fe religiosa, brotará en ella con abundancia la mala hierba de la superstición.

Ateos famosos como Diderot y D'Alambert fueron ridículamente supersticiosos. Federico II el *Esclarecido* (!), rey de Prusia, temía una inminente desgracia si alguien cruzaba el tenedor y el cuchillo; además, pidió con gran ahínco a los astrólo-

gos que le dijeran la hora más propicia, según las constelaciones, para contraer el proyectado matrimonio con la hija del rey de Inglaterra.

El hombre *instruido* de hoy, el hombre “sin prejuicios” de la mentalidad actual, se ríe con ligereza de la ingenuidad e ignorancia de los antiguos, pero no se escandaliza ante el hecho de que en las ciudades más modernas del mundo habiten millares de hombres que son verdaderos esclavos de tontas y ridículas supersticiones.

Así, por ejemplo, la creencia para bastantes de que el número 13 y el martes son un augurio que trae desgracia. Si una liebre atraviesa la carretera, te sucederá alguna desgracia. El que no copia nueve veces una oración consabida o no coloca las copias en una iglesia, será desgraciado... ; y así sucesivamente. Y otros augurios de las más variadas clases: las curanderas lugareñas que ven a los muertos; el echar las cartas; y principalmente la epidemia de las sesiones espiritistas y los horóscopos. ¿Tener en casa un crucifijo colgado de la pared? Ah!, «ya pasó de moda»; pero fijar una herradura de caballo en el umbral... eso sí, ¡eso trae buena suerte!

¿Llevar una medalla de la Virgen María para que siempre nos recuerde la imitación de sus virtudes? «¡Eso es para la vieja Edad Media!»; pero colgar del cuello un trébol de cuatro hojas es la última moda, eso "infaliblemente" trae suerte.

¡Pobre hombre “moderno” que no quiere creer. Se le puede aplicar el dicho de Cicerón: «Nadie teme tanto a la muerte y a los dioses como el ateo.»

¿Lo ves?, el hombre o es creyente o es supersticioso. Si cerramos la puerta a la fe, entra por la ventana la superstición.

Hasta los paganos de mente despejada se burlaban de los hombres supersticiosos. Un soldado preguntó temblando al romano Catón:

— Esta noche los ratones royeron mis botas, ¿qué significa eso?

— El que los ratones hayan roído tus botas nada significa — contestó Catón—; pero si tus botas hubieran roído a los ratones, eso ya significaría mucho.



El hombre o es creyente
o es supersticioso. Si
cerramos la puerta a la
fe, entra por la ventana
la superstición.

La fe religiosa es un río vivificador y lleno de bendiciones para la humanidad; en cambio, la incredulidad es un torrente devastador, que inunda de limo las praderas y ahoga las flores espléndidas de la fe verdadera.

Joven, guarda tu fe. No creas en el trébol de cuatro hojas, ni en el pronóstico de la gitana, ni en los horóscopos, sino cree en el Dios único, Padre omnipotente, Creador de cielos y tierra, en el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu Santo, que nos da la vida eterna.

No quiero ser santo

Jóvenes hay que se estremecen y tienen escalofríos al oír hablar de los santos del Cristianismo, especialmente si se los proponen como ejemplos a imitar.

«¿También yo he de ser santo? ¡No! ¡No quiero ser santo!» Huyen asustados hasta del pensamiento mismo. Y, sin embargo, ¿qué es la santidad y a qué llamamos santo?

Los santos son héroes: los héroes de la libertad del alma, la ratificación de nuestra fe inquebrantable en el alto destino de la humanidad. Ellos son el modelo de la gran victoria sobre el propio egoísmo y de los anhelos que se lanzan hacia las alturas. Santo es el que con pulso firme labra en su propia alma la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien, dime, joven: ¿No quieres ser también tú uno de estos héroes?

Acaso me objetes que es una pretensión exagerada y que nunca podremos alcanzar este ideal. Supongamos que así sea. Pero aún entonces has de olvidar que el ideal está ante nosotros

no sólo para que lo alcancemos, sino también para que tendamos por lo menos hacia él. Cuanto más elevado sea el blanco que persigues, a tanta mayor altura te levantarás, aunque no logres alcanzarlo por completo.

Piensa en el niño del cuento, que se puso en camino para coger el arco iris. ¡Cómo corre a través de todos los obstáculos! ¡Cómo va subiendo! Finalmente comprende que no puede coger el arco iris; pero ya está en la cima de una alta montaña, a pleno pulmón respira el aire puro, el gozo ilumina su rostro, y sus ojos se quedan admirados al contemplar las bellezas del paisaje...

De esta forma, la imitación de los santos nos levanta también a nosotros a las cumbres de la vida espiritual. Los santos muestran con ejemplos vivos, con ejemplos al alcance de nuestra vista, cómo podemos seguir a Jesucristo. Dan a nuestra voluntad, débil y sujeta a luchas continuas, una vibrante arenga: no sólo se debe, sino que se puede imitar a Cristo.

Una aclaración a este respecto: en la vida de los santos hay muchos pormenores que si bien los admiramos, no siempre los debemos imitar. Así, por ejemplo, la austeridad extraordinaria con que trataron su propia persona algunos santos, aquella dura penitencia, no todos lo podemos ni debemos imitar. Lo importante es que nos apropiemos del espíritu que inspiró su realización.

Una religión a mi medida

Una de las características de los jóvenes es su anhelo por lograr su independencia, que a veces se exagera de forma caricaturesca: «¡A mí nadie me manda!»

¡Cuidado, joven! no sea que en estos años abandones la fe por la sencilla razón de que no la has inventado tú o porque tengas miedo a perder tu independencia. Antes que tú, ha habido profundos talentos que se adhirieron con sencillez a la doctrina católica y no sintieron con ello disminuir su independencia.

Sé que es cosa ardua convencer de esto a un joven que está imbuido de “las ideas de moda”, de los *slogans* o de algunos libros filosóficos no bien digeridos. Fácil es en nuestros tiempos cubrir con un leve barniz científico la indiferencia religiosa y el libertinaje moral.

A los jóvenes que despectivamente se burlan de la fe, el mundo les concede con facilidad el título de “*libres de prejuicios*”, “brillantes”, “liberados”, mientras que al joven firme en la fe lo ridiculiza como “ciego fanático”. No importa. Reflexiona brevemente y descubrirás la injusticia de tal juicio.

Quiero hablarte con toda claridad. Puede ocurrir que a los dieciocho años pongas reparo a alguna que otra enseñanza de nuestra religión católica: «¡Ah, en la clase de Religión aprendimos esto... y aquello; ¡pero los descubrimientos de las ciencias dicen otra cosa!

Es posible también que juzgues «severas» en demasía, «anticuadas», «pasadas de moda», algunas doctrinas de la Iglesia.

A medida que el horizonte de tu espíritu va despejándose y se ensancha, descubrirás acaso debilidades y deficiencias hasta en instituciones de la Iglesia. No importa.

En estos casos sé fuerte; en tan rudas pruebas del espíritu no te es lícito fraguarte una religión "independiente", "personal", a tu medida. Más bien piensa: «El Señor *encargó a la Iglesia la guarda íntegra de sus enseñanzas*; esto lo sé y lo creo. No me es permitido escoger entre las doctrinas del Cristianismo: ésta es hermosa y fácil, por lo tanto, la acepto; aquélla es extraña, incomprensible, difícil, por lo mismo, no la acato. No puedo ser cristiano en un 25 %, en un 40 % ó en un 50 %, y en lo demás 'pagano', 'moderno', 'progresista', 'con personalidad propia', sino que he de ser católico al 100 %, íntegro, porque no solamente reveló Dios éste o aquel dogma, sino que Él sale fiador de todas las enseñanzas de la religión católica.»



El Señor confió a la Iglesia la guarda íntegra de sus enseñanzas.

Dios no habla a cada hombre en particular ni explica separadamente a cada uno de nosotros su voluntad y leyes. Por

esto fundó un organismo especial, que predica su voluntad: la Iglesia Católica. Nuestro Señor Jesucristo dijo a sus apóstoles: «Id, pues, e instruir a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas como yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré con vosotros todos los días hasta la fin del mundo» (Mt 28, 19-20). Con estas palabras encargó a su Iglesia que siguiera predicando las verdades reveladas por Él.

No podemos quitar *ni una sola piedra* de aquel sublime edificio que llamamos *doctrina católica* sin producir un grave daño a todo el edificio. Pues bien, si no puedo comprender alguno que otro de sus dogmas, si me parece injusta tal o cual ley suya, no he de concluir enseguida que aquello no es verdad, que "la religión católica es anticuada", que "la religión católica se equivoca", que "un joven moderno ya no puede seguir siendo católico", etc. Quizá la causa de mi duda estribe en la insuficiencia de mi saber, en mi escaso conocimiento de la vida, en mi poca experiencia.

A lo largo de toda la historia de Cristianismo podemos comprobar como los representantes más sabios del espíritu humano —los sabios, artistas, hombres de grandes empresas— no buscaron para sí mismos una "religión independiente", sino que perseveraron hijos fieles de la Iglesia Católica. Pues entonces tampoco será humillante para mi cabeza de dieciocho abriles el que la incline con humildad ante la Iglesia y acepte fielmente todas sus enseñanzas y todas sus leyes, aquellas mismas que ahora, en mis años de juventud, me parecen insostenibles y anticuadas.

¿Y qué si aquí y ahí, en la historia dos veces milenaria de la Iglesia, sorprendes debilidades humanas junto a lo más santo? ¿Qué has de hacer entonces? Reflexiona, joven:

Ante un cuadro célebre de Tiziano se paró cierto día un zapatero. Después de contemplar el cuadro admirable, —tan genial, que ningún otro ha podido superarlo—, de improviso exclamó: «El cuadro no vale nada. El zapato de uno de los hombres está mal cosido.»

¡Cuidado!, no te pase a ti lo mismo, que por tropezar en una brizna no sepas admirar el conjunto magnífico y sublime de la Iglesia.

Entre lobos

¿Eres capaz de no aullar entre lobos?

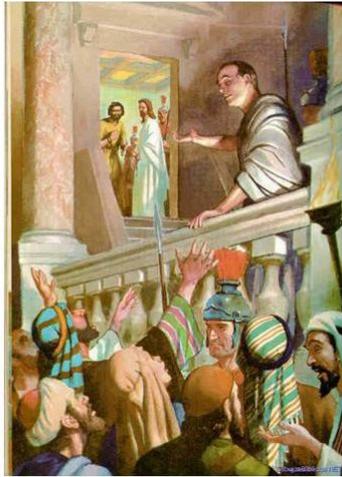
Te sorprendes al escuchar esta pregunta y, sin embargo, en esta pregunta asoma el peligro a numerosos jóvenes débiles y vacilantes. Recuerdo aún la impresión profunda que me causó de niño el escuchar la Pasión del Señor y la cobardía de Pilatos. «*Yo no hallo en El delito alguno de muerte*», dijo Pilatos (Lc 22,22). Pues, entonces pensé: ¡Entonces, sal por Él! ¡Manda ponerle en libertad! ¡Defiéndele del populacho! Pero no, ya no es capaz de esto, porque Pilatos oye los gritos del populacho que hieren sus oídos y le amenazan con delatarle al César. «¡Ah! ¿Al César? Y entonces ¿pierdo mi carrera?... ¡Que perezca aquel Jesús con tal que yo pueda avanzar en mi camino!...»

En la vida de muchos jóvenes se repite tamaña cobardía. Aman su religión, hasta la practican; pero solamente... si nadie les contradice. Si alguien se pone a hacer burla de ella riéndose despectivamente de las cosas más santas, los jóvenes pusilánimes en seguida se encogen de hombros, se callan, se avergüenzan, *por miedo de que se rían también de ellos*, de que les llamen “beatos”, “niños”, “ingenuos”... Llegan a sonreírse levemente «¡para no chocar con el parecer de los demás!»; después pasan también ellos a pensar como ellos para estar más a la moda, y *finalmente aúllan con los lobos*, es decir, por respeto humano llegan a renegar cobardemente de su fe.

Les convendría meditar un poco por qué hicieron traición a la verdad. Pilatos, por temor a la plebe, y ellos... por miedo «al qué dirán».

Los grandes ideales exigen temple de mártires. Junto a una alegre chimenea, sentados en la mesa bien puesta, o arrellenados en un cómodo sillón, resulta muy fácil filosofar sobre cualquier tema. Pero la fuerza de una convicción se hace patente cuando se entabla una disputa y se lucha a vida o muerte; cuando, a causa del ideal, se llega a sacrificar bienestar, familia, padres, hijos, la misma vida.

Puedes mostrarte orgulloso de tu fe católica por el mero hecho de haber dado ella valor a millones de mártires para perseverar con firmeza, aun en medio de los más horribles suplicios.



Pilatos hizo traición a la verdad por temor a la plebe, otros por miedo «al qué dirán».

Forma toda una biblioteca lo que se ha escrito sobre el martirio con que sellaron su fe los fieles del Cristianismo primitivo. No podemos detenernos a describir minuciosamente sus ejemplos sublimes. Pero sí te aconsejo que los leas con frecuencia para robustecer tu fe y ver con qué firmeza granítica, no sólo los hombres, sino también las mujeres, los ancianos, los muchachos y muchachas desafiaron todos los tormentos a que fueron sometidos por los Césares, las legiones, los sacerdotes, los filósofos y los verdugos paganos, que ante la agonía del paganismo sentían recrudecer su ira desesperada.

Sí; jóvenes que se habrían librado de tormentos terribles con sólo ceder en un detalle de doctrina, con sólo echar unos granos de incienso en homenaje del ídolo, con sólo renegar de Cristo mediante una palabra breve... ¡No! ¡No lo hicieron!

Fue apresado Leónidas, padre del joven Orígenes. Éste último le escribió una carta a la cárcel, suplicándole que no renegara de su fe por amor a la familia. Leónidas afrontó imperturbable el encuentro con el verdugo, y Orígenes quedó huérfano y sufrió la pobreza juntamente con su madre viuda y seis hermanos.

Un muchacho de doce años, Cirilo, fue expulsado de la casa por su padre, a causa de su fe católica. El juez pagano, para intimidarle, le mostró uno tras otro los instrumentos de suplicio. Cirilo exclamó: «¡Aprisa, aprisa, quiero llegar cuanto antes al cielo!» Y durante su suplicio fue él quien consoló a los espectadores.

La sangre de los mártires no corrió solamente en los primeros siglos; las almas generosas siempre han sabido sufrir por Cristo,

por su fe católica. Muchos hombres de temple de acero, de carácter firme, han presentado la cabeza a la cuchilla del verdugo porque no quisieron renegar de su fe católica.

«¡Pero son mayores que yo! ¿Qué puedo hacer?» A quienquiera que ofenda tu fe católica has de manifestarle, sereno y suave, pero con valentía decidida, tu recto sentir. Si no te sientes capaz, no entables discusión con el ofensor, porque sería contraproducente; pero tampoco dejes pasar en silencio las calumnias frívolas. Piensa en estos casos que Nuestro Señor Jesucristo está de nuevo ante Pilatos; siente la herida como si ofendieran a tu propia madre.

¡No estoy de acuerdo! ¡No permito que sea ultrajada mi fe católica! ¡No consiento en que se haga burla de cosas santas! ¡No quiero actuar como Pilatos, que por cobardía permitió que fuese abofeteada la verdad sin alzar su voz! Y recuerda las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *«A todo aquel que me reconozca delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas a quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos»* (Mt 10, 32-33).

Religiosidad exterior e interior

«Sí, sí. Yo soy creyente, pero no lo descubro a nadie. Nadie tiene que saberlo. No hay por qué decir lo que pasa entre mi alma y Dios.» Así hablan muchos jóvenes y no se dan cuenta que al hablar de esta forma razonan erróneamente.

¿Sabes por qué es difícil notar su error? Porque hay una gran parte de verdad en su raciocinio. «La fe es una manifestación delicada del alma. Lo importante es que el hombre sea creyente en su interior», y en esto tienen razón. No tiene espíritu religioso aquel que con los labios alaba a Dios, pero cuyo corazón está separado de Él.

Es verdad que lo principal es la vida religiosa interior y una convicción profunda. Mi vida religiosa debe ser un encuentro entre mi alma y Dios. Pero esconder tímidamente nuestra fe es ya desviarse del camino recto.

Si estoy en una reunión en que se habla de religión, de los dogmas y principios religiosos, será cobardía vergonzosa si en estas ocasiones me callo, me encojo de hombros y me avergüenzo de mi fe. Si mis compañeros empiezan una conversación inmoral y me río con los demás porque «¿cómo ofenderlos con ser yo solo quien no se ríe cuando todos se ríen?», entonces hago lamentablemente traición a mis principios y a mi fe.

Lo más importante es sin duda la religiosidad interior, pero hemos de confesar también exteriormente nuestros principios interiores. Aquella «exterioridad» no es sino la manifestación natural de lo «interior». Lo externo es coherente con lo interno.

Cuando se trata de confesar abiertamente nuestros principios religiosos, nuestra fe, entonces no hemos de titubear un solo momento. Es lamentable que bastantes católicos sean tan débiles en este aspecto.

Y, sin embargo, con que reflexionases un poco acerca del bien que ha hecho la religión católica sobre la humanidad desde hace dos mil años, seguramente sentirías que, en vez de avergonzarte, tendrías que enorgullecerte de tu fe.

Prescindamos ahora de los valores religiosos y espirituales del Cristianismo; fijémonos tan sólo en lo que éste significa para la civilización. Imagínate por un momento que no hubiese habido Cristianismo y entonces te darás cuenta de todos los valores que hubiésemos perdido. Entra en los más hermosos museos y echa de allí las estatuas y los cuadros más valiosos; son obras maestras del Cristianismo. Ve a las catedrales más hermosas del estilo gótico o barroco y derríbalas; todas ellas fueron erigidas por el Cristianismo. Arroja al fuego las partituras hermosas de Haendel, Palestrina, Beethoven, Mozart, Rossini; fueron inspiradas por el espíritu del Cristianismo. Incendia los hospitales, los asilos de huérfanos, los colegios, las casas de educación; fue el Cristianismo el que trazó sus planos. Cierra las universidades y las escuelas, porque las raíces de todas se alimentan del Cristianismo. Y, cuando esto hayas hecho, dirige una mirada retrospectiva a los dos milenios de nuestra era, y tendrás un escalofrío al comprobar el vacío horrendo que se produce en la historia si de su centro se quita la cruz de Nuestro Redentor.

Además, piensa que donde se intenta desacreditar la religión y sustituirla por toda clase de ratiocinios científicos, allí cae por el suelo la virtud, el cumplimiento honrado del deber, la conciencia, el carácter, la entrega a los demás, en una palabra: los ideales más nobles de la humanidad.

Tengo motivos sobrados, por tanto, para enorgullecerme de ser católico.

Religiosidad verdadera

La verdadera religiosidad es el homenaje que el alma humana tributa a Dios, su Creador, y su fin último. Este acatamiento nos fortalece contra nuestro propio egoísmo, endereza nuestras inclinaciones desordenadas y nos da energía para soportar todos los males. La religiosidad da al alma tal fuerza vital para vencer al mundo, razón por la cual Kant la llamó con derecho «medicina universal».

«Ser soldados —según un general famoso— significa no comer cuando se tiene hambre, no beber cuando atormenta la sed y cargar al hombro con los compañeros heridos cuando ya no quedan fuerzas para dar un paso más.»

Pues entonces, ser soldado de Cristo, es decir, ser joven creyente, significa no cometer pecado por mucho que arrecie la tentación; cumplir en todos los momentos el deber, por muy monótono y fastidioso que parezca, y servir a Dios aun en los actos cotidianos y grises de la vida.

Sí —¿quién lo duda?—, es una hazaña heroica el salvar a alguien de las llamas que abrasan la casa, o sacar del río al que se ahoga. Pero en un momento dado puede también requerir gran valor realizar una pequeña acción que pase desapercibida, como coger de la acera un trozo de vidrio o la corteza de una naranja, con el fin de evitar que alguien pueda cortarse o fracturarse una pierna.

He oído contar la hazaña de un muchacho que se sentó a la orilla de un río, y allí esperó que alguien cayese al agua para poder sacarle; todavía está sentado allí y mientras tanto ha omitido las millares de pequeñas buenas acciones que diariamente habría podido hacer.

Por tanto, el valor de una obra buena no depende tanto de su dificultad ni de sus proporciones, sino del espíritu de sacrificio, de la atención, delicadeza, alegría y espontaneidad con que se hace.

El joven creyente

El joven verdaderamente creyente no es un extraño, no habla mucho de religión pero la vive; no alardea pero tampoco se ruboriza de ella; entre muchachos de espíritu superficial no cede ni un ápice de su credo religioso.

Por desgracia, los jóvenes se forjan a veces de la vida religiosa una idea mezquina. Según ellos allá arriba, entre las nubes, mora un bondadoso Anciano, el Señor Dios, a quien debemos acudir de vez en cuando con oraciones, bien por necesidad o por temor. En esto consiste su religiosidad.

¡Dios mío! ¡Qué pobre bosquejo de la verdadera religiosidad! Han convertido el rico manjar de alma en un insípido y repugnante mendrugo de pan. El joven que es profundamente creyente no se imagina a Dios allá lejos, entre las nubes; para él Dios es infinito y llena el mundo entero, pues «dentro de él vivimos, nos movemos y existimos» (Hechos de los Apóstoles 27, 28), y de su mirada no puede esconderse nadie por mucho que se esfuerce. Para él Dios es la Belleza infinita, cuya majestad nos obliga a hincarnos de rodillas; la Bondad inagotable que atrae hacia sí, con la fuerza del imán, el alma humana.

Para él, Nuestro Señor Jesucristo no es un frío personaje histórico, cuya vida estudia, y de la cual aprende dónde nació, dónde vivió, dónde padeció; sino el Hombre-Dios que vive para siempre y que tanto nos ha amado que nos ha redimido con su Pasión y Resurrección. Sabe que sin Él, por mucho que aprenda, su alma sería una fría nevera en el mejor de los casos, una magnífica cripta sepulcral adornada con magníficas estatuas, pero una cripta sin más, sin vida, sin calor, sin empuje, sin latidos vitales.

La religiosidad no se agota con el rezo y la visita a una iglesia; supone mucho más. Se extiende a toda la vida. Ora, no sólo cuando recita el Padrenuestro, sino también cuando estudia, cuando mete un *gol*, cuando va de excursión, cuando tiene dolor de

muelas. Es oración para él el cumplimiento del deber y el juego; es oración toda su vida, porque con toda su vida quiere alabar a Dios.

La verdadera religiosidad es, pues, alegría, consuelo, aliento, empuje vital.

Ser cristiano no significa que nunca puedas cometer errores ni enfadarte nunca, ni pelearte nunca con los compañeros, pero sí saber reconocerlo y pedir perdón. También supone perdonar cuando nos han cometido un ultraje, aunque nos cueste. Es saber rezar «Padre nuestro... perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...» ¡Oh!, pero ¿qué he rezado? ¿Así como yo perdono? Pero, Señor, él me ofendió primero... Está bien... así como perdonamos a los que nos ofenden... perdono; no pensemos más...»

Ser cristiano es sentir las tentaciones de impureza y acudir a pedir fuerzas, arrodillado a solas, ante una imagen de la Virgen: «Madre pura e inmaculada, Tú bien sabes que yo no quiero ser malo, que no quiero caer. El fuego de la tentación me consume. No me abandones. No quiero pecar.»

Ser cristiano de veras es tener dominio de uno mismo y estar dispuesto a hacer los mayores sacrificios por triunfar de las tentaciones, como cuando san Francisco de Asís, sacudido por las tentaciones de impureza, se arrojó entre las ortigas diciendo: «Ahora veremos si se rebela mi cuerpo.»

La vida profundamente religiosa no es un obstáculo al desarrollo de una vida hermosa y dinámica, sino todo lo contrario, la que potencia nuestras cualidades naturales.

Vivir en gracia de Dios significa que cuando oras, contigo ora Cristo, que vive en tu alma, y, por lo tanto, aumenta el valor de tus súplicas; que cuando estudias, te acompaña Cristo, que vive en tu alma, y así tus estudios te resultan menos costosos; que cuando haces deporte, o "haces de las tuyas" o te distraes, en todas partes está contigo Cristo como el mejor amigo.



La vida profundamente
religiosa potencia
nuestras cualidades
naturales

Religión y carácter

Tener carácter es el tesoro más hermoso: un hombre que sabe cual es su fin, que no se deja vencer por las tentaciones que tiendan a esclavizarle, que es justo y puro de corazón, delicado en el trato con los demás, firme en sus principios... ¿Tu quieres serlo?

¿Sabes que es lo que más te ayudará a alcanzarlo? Si tratas sinceramente de ser coherente con tu fe católica.

El joven creyente es un joven que tiene plena conciencia de sí y de su dignidad: soy hijo de Dios y por eso, me doy cuenta de mi dignidad, aprecio mi alma, la defiendo del pecado y la hermoseo con buenas obras, porque sé muy bien que tiene un valor incomparablemente mayor que toda la Naturaleza. Estimo mi cuerpo y no permito que se rebaje hasta convertirse en tirano, pues es templo del Espíritu Santo, y debo, en consecuencia, preservarlo de toda profanación.

El joven coherente con su fe no busca servil y cobardemente la opinión de los demás para orientar sus propios actos. No es oportunista. No reniega de sus principios ante los compañeros que tienen otro concepto de la vida. Sabe que no es el centro del mundo y, cuando se presenta la ocasión, ayuda al prójimo. No es terco y testarudo en sus juicios. Trabaja, estudia, con todas sus fuerzas, procura adelantar, pero no quiere abrirse camino con medios poco leales. No adula ni se arrastra para alcanzar metas egoístas. Sabe obedecer a Dios antes que a los hombres. Siempre está alegre y de buen humor. No guarda rencor ni ira en su corazón. Es con todos amable y atento.

El joven creyente tiene esperanza. Ante las duras pruebas saca fuerzas de su fe para sobreponerse. No es pesimista, pues sabe descubrir lo bueno de los hombres en medio del ambiente inmoral que le rodea.

El joven con fe es como el pájaro, que canta aun cuando se rompa la rama del árbol en que se posó, porque sabe que tiene alas. La fe son las alas que levantan al hombre por encima de sí mismo, por encima de sus miserias de esta vida terrena y de los límites estrechos de este mundo.

El joven creyente tampoco es un soñador. Aunque persiga un ideal alto, no se desalienta si no consigue llegar muy lejos. El fracaso no le quita el ánimo de volver a intentarlo. Podíamos resumirlo con dos palabras: El joven creyente es un joven de carácter.

¡Escoge!

En los primeros siglos del Cristianismo un soldado romano, llamado Mario, se gana por su valentía incondicional el ascenso a capitán. Pero un soldado envidioso le delata como cristiano y se hace Mario indigno, por tanto, de ser ascendido a ese alto grado. Gracias a este ardid, al denunciante le pertenece el puesto.

Preguntan a Mario. No lo niega: —Soy cristiano.

Se le conceden tres horas para que reflexione su decisión.

Mario va al obispo para preguntar su parecer. El obispo introduce al soldado en el templo, le quita la espada del cinto y, sujetándola con una mano, con la otra coge Evangelio y al mismo tiempo le dice:

— Escoge entre ambos: entre la gloria militar y el Evangelio, entre la vida y la muerte.

El soldado escoge el Evangelio. No espera que pasen las tres horas, y se presenta ante el tribuno. Es martirizado acto seguido...

¡Escoge!, te dirá también la vida. Muchas veces al día tendrás que escoger: entre la vida eterna o la terrena, entre el placer momentáneo o el gozo que perdura, entre el pecado fácil o la virtud costosa, entre vencerte a ti mismo o dejarte llevar de la desgana, entre tu egoísmo o tu amor al prójimo... ¡Escoge!

Las tres preguntas del beduino

Agotada por el cansancio y arrastrando el paso, camina una caravana europea por los desiertos infinitos y áridos del Sahara. Los hombres casi no pueden ya con sus miembros rendidos, cuando detrás de una colina de arena sale de repente una banda de beduinos, los cuales, cerrando el paso a la caravana, dirigen tres preguntas al guía de la expedición: «¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Adónde vais?»

No puedo proponerte preguntas más importantes a ti, joven, que ya te preparas para pisar el desierto de la vida.

¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

Son preguntas decisivas: la felicidad de tu vida terrena y tu destino eterno dependen de tu respuesta.

«¿Quién eres...?»

— ¿Quién soy? N., estudiante del curso X...

Hombre, no es esto lo que pregunto.

— Soy una persona con cuerpo y alma, creada con un amor singular por Dios a su imagen y semejanza.

«De dónde vengo...?»

¿Dónde estaba yo hace cien años? Únicamente en el pensamiento de Dios.

¿De dónde vengo? No queda otra respuesta que la que me da la fe: ¡Procedo de Dios!

«¿Y adónde voy?»

¿Dónde estaré yo dentro de cien años? Quizá exista todavía mi casa, puede ser que haya en ella un joven de mi edad, pero aquel muchacho no seré yo. ¿En dónde estaré?

Si Dios es el que me creó, si vengo de Él, ¡entonces también he de volver a Él!

La naturaleza del alma muestra con toda claridad este fin. Mi alma se siente atraída por la bondad, por la verdad, por la belleza, corre en pos de ellas; pero no las encuentra en toda su plenitud más que en Dios.

«Nos hiciste para ti, Señor, —escribe San Agustín— y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.»

«No es una quimera que nace de la fantasía del iluso; es una voz fuerte que resuena en el corazón; ¡Hemos nacido para algo mejor! Y lo que dice esta voz interior no puede defraudar las esperanzas del alma» (Schiller). Tengo un alma que vivirá eternamente. Pero no tengo más que *una*; por tanto, ¡cueste lo que cueste!, he de salvarla. ¿De qué? Del pecado. ¿Para qué? Para la vida eterna.

En un vaso frágil, por caminos peligrosos, a través de innumerables tentaciones y de enemigos que me acechan, llevo un gran tesoro, el tesoro que Dios me confía: mi alma.

De Dios a Dios

Vengo de Dios y voy a Dios. Vivo para cumplir la voluntad de Dios y muero para verle a Él. ¡Ojalá pensara con mayor frecuencia en este fin supremo de mi vida! No importa la carrera que escoja. En cualquier carrera puedo alcanzar el fin eterno de mi vida y puedo también perderlo.

¿Perder mi fin eterno? ¡No! No puede ser.

¿Adónde iré después de mi vida terrena? A la vida eterna, para vivir con Dios eternamente, o eternamente sin Él, *según lo que haya merecido*.

¿Merecer? Esta pregunta tiene un significado decisivo.

Con vistas a la vida eterna, es completamente indiferente que tú, joven, acabes tu vida terrena a los veinte o a los ochenta años de edad. Y es indiferente también que durante estas cortas decenas de años seas rico o pobre. Lo único que importa es cómo has ejecutado el papel que Dios deseó para ti. La vida terrena es como una obra de teatro: unos hacen el papel de rey y otros de mendigo. Y al final el aplauso es para el que mejor ejecutó su papel, ya sea mendigo o rey.

¿Por qué vivo?

La pregunta decisiva de esta vida es ésta: ¿por qué vivo yo en esta tierra?

Echas una mirada en torno tuyo: ves cómo corren, cómo se atropellan los hombres para ganarse el pan cotidiano, cargados de

pesares terrenos; cómo pasan la vida entre alegrías y tristezas... treinta, cincuenta, ochenta años... ¿Después? Mueren. Con la muerte se acaba todo? Entonces, ¿por qué han vivido?...

Un hombre que durante su vida entera no había hecho sino correr detrás de los placeres, dijo en el momento de morir:

— Grabad este epitafio en la losa de mi tumba: «Aquí descansa un tonto, que se fue del mundo sin saber siquiera por qué había venido.»

«¡Tonto!» ¿Para qué hay sol? Para que alumbre y caliente.

¿Para qué hay lluvia? Para que fecunde la tierra.

¿Por qué hay bosque? Para que renueve el aire. Todo tiene su finalidad en este mundo.

¿Por qué existe el hombre? ¿El habría de ser el único que careciese de finalidad? ¿Cuál es su fin?

Abre el Catecismo y lee en sus primeras líneas: «Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verle y gozarle en la otra.»



La finalidad de mi vida:
conocer, amar y servir a
Dios en esta vida y
después verle y gozarle
en la otra

Es éste el fin de la vida. Estamos para esto en la tierra. ¿No para amontonar mucho dinero? ¿No para divertirnos mucho? ¿No para correr sin aliento detrás de los placeres? ¡No!

Todos los hombres quieren ser felices; es un deseo natural del corazón humano. Pero esta felicidad hemos de buscarla donde verdaderamente se halla.

¿Es feliz el que tiene mucho dinero? No, porque aun desea más y continuamente teme perderlo.

¿Es feliz el que se sumerge en los placeres? No, porque al esfumarse el placer efímero de un momento, tanto más vacía siente su alma.

¿Dónde está pues la felicidad? ¿Quién es el hombre feliz?

— ¿Qué te parece? ¿Quién es el más feliz? —preguntó en una ocasión Carlos IX, rey de Francia, al celebre poeta italiano Torcuato Tasso.

— Dios —contestó el poeta.

— Bien; pero ¿entre los hombres?

— El que más se asemeja a Dios.

— Bien; pero ¿cómo podemos lograr la mayor semejanza con Dios? ¿Con la fuerza, con el poder? —preguntó el rey.

— No —contestó Tasso—, sino con la práctica de la virtud.

Qué sabiduría palpita en las líneas de Miguel Ángel cuando en 1554, después de una larga vida —contaba setenta y seis años de edad— escribía lo siguiente: «En el mar alborotado, mi pequeña barca, mi vida agitada, ya ha alcanzado el puerto donde nos espera la gran cuenta y donde se pesan todas nuestras acciones buenas o malas. Ahora veo cómo ha jugado locamente conmigo la fantasía engañosa, que erigió en ídolos el arte y el deseo, que no traen más que sufrimiento... Mi alma ya no busca sino el amor de Dios que desde la cruz nos tiende las manos con compasión.»

¡Alerta!

En el camino que lleva a Dios, el único obstáculo que has de vencer, el único enemigo que has de combatir es el pecado. ¡El pecado! Es tu único enemigo.

Los scouts tienen una divida: «¡Alerta!», se dicen siempre que se encuentran. ¡Magnífico aviso! Es también uno de los principios fundamentales de la vida espiritual.

¡Alerta!, para que no se te escape la ocasión de una obra buena.

Pero ¡alerta! también para guardarte en la tentación, para que tu alma no caiga en pecado. ¡Alerta! para que el pecado no robe la tranquilidad de tu alma.

La dulzura del pecado, que tanto tienta, no es más que el cebo del anzuelo. Si llega la tentación —¿quién puede evitarla?—, si me seduce el pecado —¡como a todos!— recordaré enseguida

mi gran tesoro, mi alma, y me alentaré a mí mismo de esta manera: «No, no lo hagas, ¡sería una lástima! por ti.»

¡Sería una lástima!, por tu pobre alma, que siempre has guardado con tanta cautela, y ahora, después de tantas luchas victoriosas, habría de caer en pecado.

¡Sería una lástima!, por tus ojos brillantes y limpios, en cuyo fuego ardía hasta ahora con tanto esplendor el alma pura que mora detrás de ellos.

¡Sería una lástima! que el mundo sereno en que vives, que la felicidad tranquila que disfrutas, los turbara el pecado. ¡Lástima, porque tu vida eterna se perdería!

¿Basta con evitar los pecados graves?

Pero acaso ¿basta que evites los pecados graves? Claro está que de éstos debes guardarte en primer término; pero has de luchar también contra los veniales.

¿O crees que el pecado venial no es más que leve rasguño en el alma y no le infiere grave daño?

Leve rasguño; nada. Sin embargo, mira un cuadro lleno de rasguños, míralo; ni siquiera llegas a reconocerlo. ¡Y ay de ti si Dios no reconoce tu alma en el día del Juicio!

Un leve resfriado; nada. No obstante, si lo descuidas, puede trocarse en pulmonía.

Una pequeña chispa; nada. Mas, si no tomas precauciones, no tardará en declararse un incendio.

Una pequeña rendija en el buque; nada. Pero si no la tapas, día llegará en que naufragues.

Una gota de tinta; nada. No obstante, una gota de tinta en un vaso de agua enturbia y ennegrece el agua límpida y cristalina.

Una pequeña bola de nieve; nada. Si un impulso cualquiera la echa a rodar, puede arrastrar consigo un verdadero alud.

¿Te sigue pareciendo que el pecado leve no es nada?...

Un emperador romano tenía un ciervo favorito del que estaba encariñado. Para que nadie tocara al animal, colgó de su cuello una cadena de oro con esta inscripción: *Noli me tangere: Caesaris sum*. «¡No me toques: soy del César!» Lo mismo has de decir tú

con enérgico ademán cuando llegue la tentación: «No me toques: soy de Jesucristo!»



Quando llegue la
tentación: «No me
toques: soy de
Jesucristo!

¿Pecado o tentación?

Te he descrito el pecado como el único enemigo de tu alma. Quiero exponerte también con toda claridad lo que no es pecado, sino sólo tentación.

Tu temperamento es fogoso; eso aún no es pecado. Te asaltan una infinidad de tentaciones; eso aún no es pecado. Has de luchar con tus malas inclinaciones; eso aún no es pecado. Por muchas limitaciones que descubras en ti, no ceses de luchar contra ellas.

«¡Pero si mi temperamento es tan apasionado!» No importa. La pasión es un peligro grande si la dejas con las riendas sueltas; pero es un valor precioso si la refrenas y la guías con mano firme. Todos los hombres grandes fueron apasionados; pero con su voluntad férrea vencieron sus pasiones, aplicaron a su velamen la fuerza motora que late en ellas, y precisamente con la ayuda de las pasiones crearon las obras más grandes.

El mismo San Pablo se queja de tentaciones que le atormentan: «Me complazco en la Ley de Dios, según el hombre interior, más echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley del espíritu.» (Ro 7, 22-23) Pero la tentación no es pecado, lo es tan sólo el consentimiento de la voluntad. Si la voluntad resiste, la tentación vencida se nos imputa como gran mérito: «Al que venciere, yo le daré a comer del árbol de la vida...» (Apocalipsis 2, 7).

«¡Pero muchas de mis *inclinaciones* son *de nacimiento!*» Así se excusan muchos jóvenes. El hecho en sí es cierto, pero debes

acatar la voluntad misteriosa de la Divina Providencia. Todos tenemos que luchar. Uno ha de luchar terriblemente contra las frecuentes tentaciones de impureza; otro, contra la precipitación de la ira; otro, contra el orgullo...

Si tienes una mala inclinación, por muchas veces que reincidieres, no te desesperes y no pierdas el ánimo. Quizá no tengas tú toda la culpa. Tendrás que luchar y sólo Dios sabrá qué parte te ha de imputar a ti en la caída. Pero entonces, ¿tiene una finalidad la lucha? Sí, porque la inclinación, aunque nos influya de alguna manera, *no nos quita por completo la libertad.*

Capítulo III

La fe nos hace libres

Dios me ve

No hay mejor defensa contra las tentaciones que imaginarse vivamente que Dios está presente en todas partes. Ahora, en este momento, está conmigo.

Si no tienes ganas de estudiar, si sufres una desgracia, si estás triste, si tu alma está abrumada de pesares, exclama: «Señor, Tú estás aquí, junto a mí, y ¿verdad que no me abandonarás nunca?»

Si antes de realizar nuestros actos preguntásemos siempre a Dios: «Señor, mira, ve lo que quiero hacer. ¿Te servirá de alegría? ¿Sí? Dame, pues tu bendición.» Si dejáramos de hacer todo aquello para lo cual no nos atrevemos a pedir la bendición de Dios, ¡qué distinta sería toda nuestra vida!

Si cuando se levanta la tempestad que hace crujir los corpulentos árboles, en medio de rayos y truenos, exclamásemos: «Señor, estás aquí; eres grande, te adoro.»

Si cuando oigo a alguien decir blasfemias contra el nombre de Dios rezase: «Señor, Tu estás aquí; oyes estas blasfemias. ¡Bendito sea tu santo nombre ultrajado!»

Si cuando estás solo en casa y la tentación te empuja al pecado, susurrándote engañosamente al oído: «Adelante, adelante, comete este pecado, porque nadie te ve», repitiese: «Señor mío, si nadie me ve, Tú me ves aquí, y yo no quiero serte infiel. Ve la lucha ardua que he de librar, no me abandones.»

Caminamos siempre ante la mirada de Dios. No tenemos un pensamiento que Él no conozca; no pronunciamos palabra que Él no oiga. Estamos en las manos de Dios.

Dichoso el joven que con fervor recita muchas veces las líneas admirables del salmo 138:

¡Oh, Señor!, Tú me pruebas y me conoces... De lejos penetras mis pensamientos... Tú sabes cuanto hago... todo lo sabes, aunque mi lengua no pronuncie palabra. Todo lo conoces... ¿Adónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere a posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. Tal vez, dije yo, las tinieblas me podrán ocultar; mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres. Porque las tinieblas no son oscuras para Ti, y la noche es clara como el día; oscuridad y claridad son para Ti una misma cosa.



Señor, nadie me ve,
pero Tú me ves y
no quiero serte
infiel.

Las leyendas griegas cuentan con orgullo de un denodado héroe de los mares, Ulises, que mató monstruos, que venció gigantes, que con sus mañas se burló del pueblo de los enanos; que no temía a nadie excepto a las sirenas.

Las sirenas, según la leyenda, eran seres misteriosos que vivían en el fondo de los mares, y con canciones hechiceras atraían a los marinos hacia las rocas que se ocultaban bajo la superficie de las aguas para que el buque se estrellase. Así la tripulación caía prisionera de las sirenas.

Y ¿sabes qué hizo Ulises cuando tuvo que pasar junto a la isla peligrosa de las sirenas? Llenó de cera los oídos de sus compañeros y se hizo atar al mástil. De esa suerte pudo pasar sin daño alguno a través de las tentaciones, allí donde centenares y centenares de hombres habían perdido su libertad, su carácter y su felicidad.

Para ti las sirenas son las tentaciones del mundo exterior y las inclinaciones malas que llevas en tu interior. No podrás pasar por la vida sin naufragio espiritual si no cierras tus oídos a las tentaciones

astutas y no te atas con fidelidad, con amor, con perseverancia, a la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cuánto vale mi alma?

El que quiera apartarse de Dios tendrá que crear para sí un mundo nuevo. Pero yo no quiero separarme de Dios, sino más bien acercarme cada día más a Él y hacerme cada vez más semejante a Él, porque «Dios es Amor».

Nuestro mejor título es precisamente éste: «Creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó» (Gen 1, 27).

En la naturaleza exterior tan sólo encontramos las huellas de Dios, pero el hombre es su imagen misma. Es su imagen por el alma espiritual e inmortal, por el entendimiento, por la libertad; pero sobre todo es imagen cuando la gracia divina inunda su alma.

Mi alma procede de Dios y por esto no descansa hasta que encuentre de nuevo su Fuente eterna; lo mismo que no descansa el torrente que pasa por rocas, precipicios y diques que le cierran el camino, hasta que desemboca en su fuente primitiva: el mar.

Un príncipe pidió en cierta ocasión a Benedicto XI una cosa que el Papa no podía permitirle. El Pontífice le contestó: «Si tuviera dos almas, se lo permitiría; pero como tengo una sola, no puedo permitírselo.»

Si tuviera dos almas podría exponer una de ellas al peligro de la condenación... Pero no tengo más que una sola y ¡qué valiosa es! ¡A qué altura más sublime sube el alma humana que está en gracia, sin pecado! En ella vive el mismo Dios; en ella, como en un templo, habita el Espíritu Santo, el cual con sus dones le hace comprender mejor la fe; le inspira en las cosas espirituales; le robustece en el cumplimiento del deber; le hace descubrir la voluntad de Dios en su vida y le infunde fervor para cumplirla, para amar y servir a Dios con fidelidad.

Moldear con gran esmero la imagen de Dios en el alma; ligar mi entendimiento, mis inclinaciones, mis deseos a su santa voluntad, he aquí el ideal de mi vida.

El alma humana tiene principio; pero no tendrá fin. No existía antes de su creación, pero después no morirá. Todo muere, todo se pierde, mas no el alma. Ella vivirá en una felicidad eterna junto a

Dios, o en una desdicha eterna, lejos de Dios, precipitada en los abismos.

¿Qué valor tiene esto para la eternidad?

En el tesoro del Shah de Persia hay un globo terraqueo valiosísimo. Su diámetro no pasa de treinta centímetros, y el mar y los países aparecen en él, no pintados con diversas tintas, sino formados con las más raras piedras preciosas. Inglaterra, por ejemplo, está hecha de rubíes; la India, de diamantes; los mares, de esmeraldas. El valor de esta esfera es incalculable y la custodian con grandísimo cuidado.

Joven, ¿guardas tú también con tanto aprecio tu alma, ese tesoro más valioso que todo el universo?, ¿te cuidas bastante de ella?

Si en la oscuridad no distinguimos bien un objeto, ¿no lo llevaremos a la luz del día para verlo mejor?

Muchas veces te encontrarás en situaciones en que de repente dudarás de si lo que vas hacer te conviene o no. Te será muy útil en estos casos colocar tu acción a la luz de la eternidad; la claridad que proyecte nuestro destino eterno no te engañará respecto a tu propósito.

Según las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo todas nuestras obras, palabras, pensamientos, tienen consecuencias que repercuten en la vida eterna. Así lo expresó Carlye, un pensador inglés: «No hay nada que sea de un valor efímero, momentáneo; las palabras no se pierden por completo en el espacio vacío; ningún suspiro del corazón, ningún sacrificio de la voluntad desaparecen sin dejar rastro; todo se dirige a la eternidad.»

No hay trabajo en el mundo que se pierda por completo. Tampoco la obra más insignificante y desconocida deja de tener su repercusión para la eternidad. Por eso los santos miran todas las manifestaciones de la vida *a la luz de la eternidad*. Antes de obrar se plantean la cuestión: ¿Qué valor tiene esto para la eternidad?

Eternamente

Los hombres de nuestro tiempo todo lo aseguran: seguro de casa contra incendios, seguro de inmuebles contra robos, seguro de vida, seguro del trigo contra el granizo, seguro de buques contra naufragio, seguro de accidentes del trabajo para obreros...

Y ¿tu alma? ¿Has firmado ya el seguro de tu alma? ¿Contra qué? Contra la condenación eterna.

Como hijos de Dios, observamos sus mandamientos, no tanto por el deseo de evitar la condenación eterna, cuanto porque amamos al Padre celestial. Pero es indudable que tenemos también momentos de debilidad, en los cuales es difícil perseverar en el camino del bien. Hay tentaciones tan fuertes que no podemos vencer a no ser pensando en la responsabilidad que pesará sobre nosotros en el juicio final y en la vida que le seguirá. «*Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno*» (Mt 25, 41) dice el Señor.

¿Al fuego eterno? No, no. Yo quiero una vida eterna feliz; yo quiero alcanzarla.

En el mundo hay muchas cosas hermosas, las obras maestras de la naturaleza y del arte humano; pero no me bastan. Mi alma está sedienta y busca más. Anhela la contemplación de la hermosura perfecta, única y eterna, en vez de estos fragmentos de belleza. Anhela poseer la verdad eterna, en vez de estas sombras que se desvanecen.

«Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no Le conozco ahora sino imperfectamente; pero entonces Le conoceré con una visión clara, a la manera que yo soy conocido» (I Co 13, 12).

No me basta ver a Dios; quiero gozar de Él. ¿Gozar? ¿Qué es esto? Piensa en aquellos momentos felices en que, después de la santa comunión, una alegría misteriosa inundó tu alma; y ten en cuenta que esto es un presentimiento, un pálido reflejo del goce ultraterreno de Dios.

Un joven murió en la plenitud de sus fuerzas, en los años más hermosos de su vida. En su losa sepulcral hay una espiga granada que se inclina hacia abajo y una inscripción de significado profundo: «Porque estaba llena.»

Pronuncia cada día esta oración: «¡Dios mío! Concédeme que se llene, que madure mi alma antes de llegar el tiempo de la siega.»

Y ¿cuándo llega la siega? No lo sé. ¿Cuando tenga sesenta años? ¿Ochenta? ¿Quién me lo asegura? Tan cierto es que un día he de morir, como incierta es la fecha de mi muerte. Así reza la inscripción del reloj en la torre de Leipzig: «*Cierta es la muerte; incierta, la hora*». El Señor puede llamarme *en cualquier momento* para pedirme cuenta. Y ¡ay de mí! si no estoy preparado.

Cuando llaman a un mal estudiante para que diga la lección y le «han fallado sus cálculos», pues no se ha preparado, se gana un cero. Después únicamente puede consolarse con esta reflexión: «Me resarciré en la próxima ocasión.» Pero Dios te llama una sola vez para decir la lección, y si entonces «has fallado en los cálculos» y no estás preparado, ya no puedes resarcirte nunca: «*Estad preparados —nos dice Jesucristo— porque a la hora que menos penséis ha de venir el Hijo del Hombre*» (Mt 24, 44).

No sabes dónde te espera la muerte; por tanto, espérala tú a ella en todas partes.

Lo que sea en el momento de la muerte el estado de tu alma, tal será tu vida eterna. En el puesto en que ha caído un árbol allí se queda. No es difícil pronosticar de qué lado caerá: seguramente del lado en que más pese su ramaje, según haya sido su vida.

En una tumba de los tiempos del primitivo Cristianismo se lee esta inscripción: «Murió con blancas vestiduras», es decir, pocos días después del bautismo, cuando llevaba aún el vestido blanco que entonces había recibido. ¡Oh, Señor, concédeme también que sea blanca mi alma en la hora de la muerte!

Aún tengo tiempo

Un joven frívolo, al ser advertido una vez para que enmendara su vida, contesta con cierto orgullo: «Ya tendré tiempo. Si no me divierto ahora en mi juventud, ¿cuándo lo haré? La juventud sirve precisamente para soltar las riendas...»

¿Tienes tiempo de verás? ¿El Señor de la vida te otorgó escritura pública asegurándote aún cuarenta, cincuenta o setenta años de vida?

El que siempre piensa que «ya habrá tiempo», abrumado notará qué aprisa se pasa el tiempo y habrá de comparecer con las manos vacías ante el Juez eterno que le pedirá cuenta. «Al final de la tarde seremos juzgados en el amor» (San Juan de la Cruz).

Vivía en Francia un hombre rico e instruido. Durante largo tiempo había sido diputado en el Parlamento y prefecto de una de las provincias; pobres y ricos le respetaban. Un día corrió una noticia inesperada; este señor, hastiado de la vanidad del mundo, había entrado en una de las Ordenes más severas, la Trapa de Aiguebelle, cerca de Marsella. El caso levantó gran polvoreda y causó gran asombro. Sus familiares y amigos fueron a buscarle al convento para convencerle que volviese al mundo:

— No puedo volver —les dijo—, ¿No habéis visto en la puerta los tres gendarmes que no me dejan salir de aquí?

— ¿Tres gendarmes? No vimos a nadie —contestaron maravillados.

— Pues fijaos en la inscripción que hay encima de la puerta: «¡Muerte! ¡Juicio! ¡Eternidad!» Son los tres gendarmes que no me dejan salir. Me quedo aquí.

Realmente, cuan abundante energía para la lucha por la vida se origina de la última frase del Credo: «*Creo en la vida eterna*». Una antigua inscripción sepulcral cristiana dice: «No mueren, sino que empiezan a vivir».

Si es viva mi fe en la vida eterna, sea cual fuere el sufrimiento de mi vida me consuela el pensar que no es un sufrimiento eterno; y sea cual fuere la alegría que me inunde en esta vida, no debo dejar de considerar que no es aún la dicha eterna.

Aunque toda mi vida terrena no fuere otra cosa que un continuo padecer; aunque tuviera que arrastrar mis días en una enfermedad incesante; aunque la suerte adversa me acompañase toda mi vida, podré con entereza soportarlo todo si «creo en la vida eterna».

¿Qué es esto en comparación con la eternidad?

¿Tu vida es sufrimiento? ¿Cuánto duran las pruebas? Unos cincuenta, sesenta, setenta años. ¿*Qué es esto en comparación con la eternidad?* Solamente para nosotros tienen tal importancia estos años porque vivimos en ellos; pero ¿qué son comparados con los años de existencia del universo?



Martirio de San Pedro

¿Tu vida es sufrimiento?
¿Cuánto duran las
pruebas? ¿Qué es esto en
comparación con la
eternidad?

Imagínate una clase de Historia, por ejemplo, dentro de unos quinientos años: hacia el año 2436. Estoy seguro que algún estudiante dirá: «...la Primera Guerra Mundial duró desde el año 1814 al 1818.»

— Pero ¿qué cosas dices? —interrumpe el profesor. Precisamente fue un siglo después.

— ¡Ah, sí...!, es verdad... me he equivocado sólo en un siglo — contestará el estudiante con toda calma.

¡Qué importa un siglo más o menos! Lo mismo que el estudiante de hoy cuando le preguntan:

— ¿Cuándo fue la batalla de las Termópilas?

— La batalla de las Termópilas... fue... en el siglo VIII antes de nuestra era.

— Pero ¡qué cosas dices!

— ¡Ah, sí...!, es verdad... fue en el siglo V, señor profesor, me he equivocado.

Sí, sí; nos equivocamos con error de siglos... Y ¿qué es en su comparación esta breve vida terrena?

Si un padre dijera a su hijo: «Hijo mío, sé bueno tan sólo durante cinco minutos; no mientas, no blasfemes, no seas desobediente durante cinco minutos... y después serás feliz durante sesenta años, y tendrás todo cuanto deseases», ¿no sería necio el joven que, a pesar de esta promesa, rechazara la propuesta? Todas las privaciones de la vida terrena, comparadas con el galardón de la eternidad, no significan tanto como cinco minutos con relación a sesenta años.

Por tanto, piensa seriamente en la muerte. Piensa en ella para vivir bien. Ya que todo lo nuestro perece: vestido, hermosura,

habilidad, juventud, fuerza... he de preocuparme, en primer lugar, de lo que no es perecedero: ¡de mi alma!

«¡Oh tú, pobre creyente! —así se mofaba un día un ateo— ¡qué chasco te llevarás cuando, después de la muerte, veas que todo el reino celestial es una simple fábula!»

Sabéis que le contestó el creyente: «Oh tú, pobre incrédulo! ¡Qué chasco te llevarás cuando, después de tu muerte, veas que todo el infierno no es una simple fábula!»

Fernando, piensa en la eternidad

San Fernando, rey de Castilla, hizo escribir en la pared de su aposento: «Fernando, piensa en la eternidad.» En todo lo que hacía, dondequiera que se encontrase, siempre tenía el pensamiento puesto en la eternidad.

Piensa tú también con frecuencia en la eternidad. Al nacer llorabas desconsoladamente, pero todos se alegraban en torno tuyo: vive de tal manera que, al abandonar este mundo, si todos lloran en tu derredor, tú puedas alegrarte..., ¡alegrarte de la vida eterna!

«Feliz por fin». Fueron las palabras que quiso se grabasen en su tumba el físico, profundamente religioso, Ámpere.

Fácil es renegar de Dios en los años de la juventud, cuando se posee una energía rebosante de vida; fácil es entonces vivir sin Dios. Pero en el momento de la muerte —que nunca sabes cuándo ha de venir—, en que los ojos se vuelven vidriosos y se pone rígida y tiesa la mano más robusta, entonces se da cuenta uno con una claridad meridiana de lo vacía, inútil y equivocada que es una vida pasada sin Dios y contra sus mandamientos. Entonces, Dios es la única realidad.

Si difícil es vivir como buen cristiano, morir como tal es muy dulce. ¡Qué amarga es la muerte de aquel que vivió egoístamente!

Aubrey Beardley, dibujante inglés obscuro y pornográfico, murió de tuberculosis a la edad de ventiocho años. Lee la última carta que escribió a su editor, Smithers:

«Jesús es nuestro Señor y nuestro Juez.

Querido amigo:

Le suplico encarecidamente que destruya todos los ejemplares de «Lysistrata» y todos los dibujos inmorales. Enseñe esta carta a Politt y tómeme juramento de que también él procederá del mismo modo. Se lo pido por amor a todo lo que es santo: ¡no deje un solo dibujo obsceno!

Audrey Beardley

Considera a la vez la muerte tranquila del cristiano creyente.

Lee el epitafio que el gran periodista católico de Francia, Luis Veuillot, compuso para sí:

«Cuando hayáis rezado por mí la oración postrera, poned en mi tumba una pequeña cruz y escribir para memoria en la piedra sepulcral: *Creyó y ahora ve*. Confío en Jesús; acá abajo, en la tierra, nunca me avergoncé de confesar su santa fe, y creo que allá arriba tampoco el Padre se avergonzará de su hijo fiel.»

Sí, el hombre creyente sabe muy bien que la vida no es más que el prólogo del libro de la eternidad, y cuando el pecado le cerca con engañosas promesas recuerda la frase de San Gregorio Magno: «*Momentáneo es el placer; eterno es el dolor que produce el pecado.*»

En una escuela militar de París, el sacerdote predicó sobre la condenación eterna. A final del sermón, un capitán incrédulo dijo en tono de sorna: «Olvidó decirnos, señor abate, si en el infierno seremos cocidos o asados.» El sacerdote miró al capitán y le contestó tranquilamente: «Señor capitán, no satisfago ahora su curiosidad; ya lo verá usted por sí mismo.» Tal respuesta inesperada impresionó al incrédulo y le produjo una desazón constante que le indujo a convertirse y cambiar totalmente de vida.

¿Condenarse? ¿Perderse para siempre? Abusamos con ligereza de la palabra «eternidad», pero reflexiona con seriedad lo que significa.

Imagínate que te pudieses acercar a un condenado del infierno y que le pudieses decir: «¿Qué dirías si Dios te prometiera que un día, cuando tus lágrimas derramadas una a una cada mil años llegasen a inundar la tierra, podrías salir de este lugar de tormentos?»

¿Sabes qué respondería el condenado? «Me estremecería de júbilo ante tal perspectiva.»

¡Qué lejana estaría aún así la hora de la liberación! ¡Una lágrima cada mil años! ¡Cuántos, cuántos millones de años habrían de transcurrir para formarse un arroyuelo! ¡Cuántos millones de siglos para formar un río caudaloso! ¡Y qué número incalculable de billones de años para formar un mar de lágrimas!

No importa. Llegaría un tiempo en que se llenarían de lágrimas los profundos abismos del mar; pero no sería ni siquiera el principio de la eternidad, porque en la eternidad no hay tiempo. No hay pasado, ni futuro; no existe más que un presente perenne.

Todo a mayor gloria de Dios

No se ha encontrado todavía la varita mágica que convierta todas las cosas en oro, pero todos los hombres tienen una varita mágica con la que pueden convertir los pensamientos, acciones y palabras en tesoros más preciados que el oro, en oraciones gratas a Dios.



La varita mágica:
hacerlo todo por
amor de Dios.

¿Sabes cuál es el secreto? Hacerlo todo por amor a Dios, por su mayor gloria.

Dijo Jesucristo: «*Velen, pues, en todo tiempo y oren, para que puedan evitar todo esto que ha de venir, y puedan comparecer ante el Hijo del Hombre*» (Lc 21, 36). Acaso preguntes asustado: «¿Velad siempre, ¿Orar siempre? ¿Recitar todo el día el Padrenuestro? ¡Pero si es imposible!»

No lo es. Si Nuestro Señor nos exigió orar durante todo el día, de ahí se deduce que la oración no es tan sólo la recitación de

oraciones, es decir, no rezamos sólo con oraciones sino con la vida.

¿Cómo puede uno rezar con la vida? Nos lo enseña con claridad San Pablo al escribir a los fieles de Corinto: «*Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo en el nombre de Dios*» (I Co 10, 31), es decir, *a la mayor gloria de Dios*. Ésta fue la consigna de San Ignacio de Loyola, y éste debe ser tu propósito de todos los días.

Durante el día examínate y pregúntate repetidas veces: «Lo que acabo de hacer ¿ha sido realmente a mayor gloria de Dios?». Aplica este medio muy sencillo y verás cómo te ayuda en el progreso espiritual.

Un artista pintó un cuadro curioso. Un muchacho está junto a la pizarra y escribe una larga serie de ceros: 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0. A su lado hay un ángel que pone el número 1 delante de los ceros. El título del cuadro es *La buena intención*.

Todas las obras, todas las palabras, todos los pensamientos de nuestra vida carecen de valor, son un cero si proceden de la vanidad, del egoísmo, de la comodidad... Pero las mismas obras pueden convertirse en un tesoro si las hacemos con buena intención según la voluntad de Dios y a su mayor gloria. De esta forma puedes llenar de valor eterno hasta el trabajo más simple y más ordinario de la vida cotidiana.

El ayuno

«¡El ayuno es cosa de pura exterioridad! —dicen los jóvenes superficiales— ¿Qué importa que yo no coma carne los viernes? ¿Qué más da un día que otro? ¡Sienta tan bien la carne en viernes como en los otros días...!»

¡Qué criterio más rastrero!, valiente perogrullada. Quien habla así no tiene ni idea del fin del ayuno.

La esencia del ayuno no está en no comer carne o no comerla en viernes, sino en la abnegación, es decir en el ejercicio o en la práctica que me impongo de gobernar mi estómago glotón.

Si en vez de la carne, se nos hubiera prescrito no comer pan un día determinado, por ejemplo, en miércoles, en esto consistiría el ayuno.

Así, lo esencial no es la carne, sino hacer esa prueba: ¿quién manda aquí, mi estómago o mi voluntad? ¿A ver si soy capaz de negarme un día de la semana algún manjar...?

El ayuno, además de ser un sacrificio hecho por Dios y para compensar nuestras pasadas culpas, es un medio magnífico de fortalecer la voluntad. Sólo podré educar mi alma de modo armónico si tengo a raya mis instintos. La fuerza del ayuno radica en la mortificación, *en el dominio de sí mismo*.

El ayuno prudente es además un magnífico medio contra las tentaciones. En el cuerpo mimado se suscitan más fácilmente las tentaciones de impureza. ¿Quién es el que manda: mi cuerpo o yo?

Orad en todo tiempo

En la vida tendrás que pasar a través de muchas pruebas, tu misma fe puede ser que sufra rudos ataques, pero mientras seas constante en la oración no temo por ti, no se quebrantará tu fe.

¿Cómo podrás conservar intacta la fe de tu niñez si no acostumbras a pedir la gracia de Dios? ¿Cómo podrás tenerte en pie en medio de las tormentas si no sacas fuerza de la oración?

La oración te hace más espiritual, más puro, más tranquilo, más fuerte. La oración es la fuente más abundante de energía. Sea cual sea el deber que hayas de cumplir, ora fervorosamente a Dios, y después adelante, marcha con valentía a cumplir lo que has de hacer, repitiendo como David al enfrentarse con Goliat: «*Yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos*» (*1 Reyes, 17, 45*).

La oración es un medio además espléndido para dar gracias a Dios por todo lo que te ha dado. Cada minuto de tu vida se lo debes a Él. Si Dios no cuidase de ti un solo segundo, caerías en la nada, en la que estabas antes de nacer. «Exige tu ser entero quien te dio todo el ser» (San Agustín).

La oración es un baño de luz para el alma, como lo es para la flor el rayo de sol que la vivifica.

La oración es el descanso festivo del alma, semejante al descanso que en las tranquilas tardes de los domingos concedemos al cuerpo cansado por el trabajo de toda la semana.

La oración es el rasgo distintivo del hombre. El hombre que no ora no vive vida humana, tan sólo vida vegetativa.

¿Sueles rezar?

¿Y tú? ¿Sueles rezar? La oración es para el alma humana lo que es la gota de rocío de una mañana de mayo para la Naturaleza: la refresca, la hace más hermosa, más fuerte, más fecunda.

Sin lluvia no hay cosecha; sin comida no hay vida y... sin oración metódica no hay cosecha y vida espirituales. La oración puntual de todos los días es la lluvia refrescante, la comida que alimenta el alma.

Dios, infinito y creador, se digna conversar contigo, pobre arcilla. La oración es, pues, el contacto del alma con Dios, un privilegio por el que el hombre puede exponer a Dios sus preocupaciones, pedirle ayuda y conversar con Él.

Un día tal vez te despiertas tarde, has de correr en el desayuno y no te da tiempo para rezar. Ello no importa si compensas abundantemente esta oración matutina omitida con breves jaculatorias. Éstas son suspiros que el alma dirige a Dios a lo largo del día.

Quizá otro día llegues por la noche de la excursión agotado por el cansancio, y tus ojos se cierran durante el rezo; saca fuerzas de tu flaqueza y termina la oración sin omitir nada.

El que sabe qué cosa es rezar y por qué se ha de rezar, rezará por impulso propio, no sólo con los labios, sino con el corazón; rezará bien. Al pasar delante de una iglesia, entrará para dedicar un momento a la oración; al pasearse por el hermoso bosque, alabará a Dios por sus maravillas; si tiene una alegría, le dará gracias; si le tienta el pecado o sufre una desgracia, acudirá a Señor pidiéndole ayuda.

«¡No tengo tiempo para rezar! —dirá alguno—. Por la mañana me despierto tarde, a última hora; por la noche estoy demasiado cansado...» Bien, levántate cinco minutos antes por la mañana y por la noche empieza tu oración cinco minutos antes de ir a la cama.

Cinco minutos no es nada; el día tiene 1.440 minutos. Si rezas diez minutos al día, aún te quedarán 1.230 minutos para ti.

¡Sólo cinco minutos!

— ¿Amas a Dios? —pregunté a un joven de los cursos superiores.

Me miró y me contestó:

— ¡Oh, sí! ¡Y tanto!

— ¿Sueles rezar? —seguí preguntándole.

— ¡No! —me contestó.

Y este joven no sentía que entre ambas respuestas hay una contradicción irreductible. ¿Acaso puede amar a Dios el que no reza? Si tengo un amigo verdadero a quien quiero mucho, procuraré encontrarle cuantas veces me sea posible y tratar con él todos mis asuntos.

Has una revisión general de tu vida: ¿Cuántas obras buenas has hecho y cuántos pecados has cometido?, ¿Cómo has cumplido tus deberes y cuántas cosas buenas has dejado de hacer por omisión?, ¿Cuántos momentos has dedicado a Dios? Tu corazón en un año dio 36.792.000 latidos, y de estos millones, ¿cuántos han sido para Dios?...

— Entonces, ¿cuánto he de rezar? —me preguntas.

Mira, joven, Dios no mide la buena oración con un reloj, sino según el calor, el corazón, la entrega y el sentimiento que has puesto en ella. Una oración viva y recogida, aunque corta, vale más que un rezo largo hecho sin atención y sin alma.

Durante el día eleva a Dios tus pensamientos. Y no descuides nunca los dos momentos fijos de las oraciones de la mañana y de la noche. Los primeros pensamientos de día conságralos siempre a Dios y verás como sientes la eficacia de su bendición durante todo el día; por la noche, sea tu último pensamiento de gratitud y amor hacia Dios y tu descanso será más tranquilo.

No reces en la cama. Pero si has adquirido la costumbre de hacerlo, más vale que reces así a que no lo hagas. Pero ¿verdad que no demuestra gran respeto el que habla a Dios acostado,

tumbado? La causa de que algunos jóvenes se olviden de rezar es la costumbre de rezar en la cama; como es natural, se duermen.

Lo mejor es que hagas la oración por la mañana, después de vestirte, y por la noche antes de desnudarte. Al acostarte sigue rezando pero ya no hay inconveniente en que te duermas, tu último pensamiento que sea para Dios.

Al orar entramos en un mundo completamente distinto, nos levantamos a un ambiente divino, bebemos de las fuentes de la vida eterna. Rezar en verdad, es decir, levantar el alma a Dios y hablar con Él no puede hacerlo sino el hombre. Los animales y las plantas no rezan.

Durante la oración se nos dan alas con las cuales nos lanzamos en un momento por encima del tiempo y del mundo finito a la presencia de Padre Eterno. La oración es la respiración profunda de alma que se llena con el aire fresco de la cercanía de Dios y la vigoriza y dispone para trabajar y luchar durante todo el día por Él.

¿Sabes rezar?

¿Sabes rezar bien? Lo importante es que reces con fervor, con atención, con fe viva. En vano se mueve la lengua si no reza el corazón.

Solamente podrá rezar bien el que siente a Dios como Padre. «Somos hijos de Dios» (I Carta de San Juan 3, 2). Solamente el alma en pecado grave está privada de tan noble título. Por lo tanto, consérvate siempre en gracia, hijo fiel del Padre celestial.

Muchos jóvenes al llegar a los cursos superiores pierden por completo la costumbre de rezar. ¿Cuál es la causa? Que no saben rezar bien. Ignoran que el desarrollo de la vida espiritual ha de ir a la par con el desarrollo del cuerpo. De día en día se robustece el cuerpo, pero su vida espiritual sigue igual que cuando era pequeño: por la mañana y por la noche recita las mismas oraciones — algunos Padrenuestros, Avemarías y Credo— y nada más.

Lo que bastaba al niño pequeño, ¿cómo podrá satisfacer las necesidades espirituales del joven? Imposible. Y por este motivo, la oración empieza a serles una carga, un peso, que seguirán llevando acaso durante algunos años, por rutina, de buen o mal

grado; pero la costumbre irá aflojándose cada vez más, y llegará un momento en que se abandonará por completo, y el joven dejará de rezar.

Si un joven quiere llevar todavía los zapatos que usaba de niño, sus pies, como es natural, se sentirán oprimidos; no le servirá aquel calzado. De modo análogo, el joven tampoco puede rezar como rezan los niños.

El rezo de la mañana y el rezo de la noche

Al llegar la hora de levantarte, santíguate en seguida, salta de la cama y haz unos momentos de gimnasia.

Después, lávate, vístete por completo, y entonces arrodíllate al lado de la cama o junto a tu mesa de trabajo. Apoya la frente en tus manos y colócate en espíritu ante Dios.

No importa que tus labios no pronuncien palabra; tu alma ha de decir:

«Dios mío, gracias te doy por el descanso nocturno. ¡Cuántos pobres enfermos habrán tenido que pasar la noche sin conciliar el sueño y yo, en cambio, qué tranquilo he podido descansar! Te doy gracias Señor...

»Empieza un nuevo día, y quiero que todos mis trabajos, pensamientos, palabras y obras estén conformes con tu santa voluntad... Ayúdame, Señor, para que al llegar la noche tenga no solamente un día más de edad, sino también más santidad en mi alma.

»Tengo una pasión dominante. Tú lo sabes, Señor... (Aquí piensa un momento en tu defecto más importante); ojalá pudiera librarme de ella; lo demás me sería más fácil.

»Ahora bien, ¿en qué momento y en qué circunstancias puede esta pasión hacerme caer? (Piensa aquí cómo te vencerás aquel día en la escuela, en la calle, en casa, en medio de tus compañeros.) Señor, te ruego que me des la victoria en el día de hoy. Que todo lo que haga, todo lo que sufra, sea por Ti, Señor, a mayor gloria tuya...

»Bendice a mis padres y bienhechores; bendíceme también a mí, a tu hijo que quiere serte fiel, que tropieza a cada paso, pero que, no obstante, intenta levantarse y estar cerca de Ti...»

Luego rezarás también algunas oraciones: el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, el Ángelus y ya habrás cumplido con la oración matutina, oración muy importante pues mediante ella le ofreces todo el día al Señor. Después, ¡adelante, con ánimo, a enfrentar el nuevo día! *«Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?»* (Ro 8, 31).

¡Y no dura mucho tiempo! Bastan algunos minutos: en el primer momento, acción de gracias, después pedir auxilio y al final las oraciones fijas de la Iglesia.

Dime como has hecho tu oración matutina y te diré cuánto valdrá aquel día para ti y para la eternidad.

«Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la construyen. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda» (Salmo 126, 1).

Las *oraciones de la noche* han de seguir también el mismo rumbo.

«Señor mío, al acabar el día, antes de descansar, quiero levantar mi mirada a Ti. Empecé la jornada con tu santo nombre y con él quiero acabarla. Te doy gracias por todos los bienes corporales y espirituales que me has dado. (Si has tenido que sufrir dolores o humillaciones también has de darle gracias y has de implorar que te sea dado a entender el fin que Dios se proponía con tales pruebas.)

»Dios mío, ¿he aprovechado bien este día? ¿qué faltas he cometido...? (Aquí examina tu conciencia: ¿qué cosas malas has hecho, dicho, pensado, y qué has dejado de hacer de lo que debías hacer?)

»Sí, Señor, he sido otra vez un hijo infiel y débil. Me duele mi ingratitud. Perdóname. Mañana espero portarme mejor... Te ruego, Padre mío, que me ayudes para que siga en todo tu voluntad.»

Al llegar a este punto recita algunas oraciones de tu gusto: Padrenuestro, Avemaría, etc., y ya has terminado la oración de la noche. Bastan unos minutos, pero la oración ha de ser atenta y fervorosa.

Entonces puedes acostarte. Cuida de tener el pensamiento puesto en Dios.

La madurez del alma

Al que desee llegar más alto en la vida espiritual le recomiendo que, además de las oraciones vocales, dedique diariamente un cuarto de hora a la *meditación*. Este tiempo debe ser exclusivamente para Dios.

¿Qué meditar? Escoge un pensamiento, una de las grandes verdades de la fe, y procura con todas tus potencias — entendimiento, imaginación y afecto— entenderla lo mejor posible y hacerla arraigar profundamente en tu voluntad.

Como preparación, debes ponerte en presencia de Dios: has de caer en la cuenta que estás ante Él y has de pedirle que te ayude para sacar fruto de la meditación.

Después analiza detenidamente la verdad de fe que has elegido para meditar... y pregúntate a cada paso: «¿Qué se deduce de esto para mi vida en particular? ¿Cómo habré de vivir en adelante?»

Mucho te ayudarán la meditación de los Santos Evangelios (basta unas líneas para cada día), la *Imitación de Cristo* y otros libros tan abundantes como valiosos de nuestra literatura ascética.

¿Qué esto es un nuevo peso sobre tus obligaciones ordinarias? Sí; es un peso. Pero un peso que levanta. También para el pájaro son un peso las alas; pero quítale ese “peso” y ya no podrá alzar su vuelo.

Tocan las campanas

Tocan las campanas los domingos para recordarte que es el día del Señor.

«Hombre, —te dicen—, este mundo no es tu meta, aquí tan sólo eres un peregrino. Descansa un poco, deja tu trabajo de la semana. Recuerda, eres hijo de Dios. Ven a la iglesia, ven a adorar a tu Señor, a tu Dios...»

Y vas a la Santa Misa los domingos y días festivos.

Cristo se sacrificó por mí; ¡bien puede exigirme que de las ciento sesenta y ocho horas de la semana dedique una por lo menos a recordar su sacrificio tan lleno de atroces dolores! La Santa Misa no sólo es recuerdo del sacrificio del Calvario, sino también su mística renovación. Cristo en la Misa se ofrece de nuevo al Padre por nosotros. La Misa es la fuente de donde brotan abundantes energías espirituales.

Sea tiempo de vacaciones o de curso, que llueva o haga sol, que me vean o no, que me abrume el cansancio o esté descansado, los domingos y días festivos no dejaré de asistir a la Santa Misa, lo mejor de la semana. Cuanto mejor la prepare con lecturas apropiadas —y leyendo si es posible antes las lecturas del día—, más atención preste en ella, más gracias brotarán para mí.

A Jesús por María

Ser católico y no honrar a la Virgen María son conceptos contradictorios.

¿Quién es para nosotros la Virgen María? No es una diosa, sino que es la Madre del Hijo de Dios. Nosotros no adoramos a la Virgen María, pero le rendimos culto y le rezamos para que interceda por nosotros.

El paganismo no respetó a la mujer; entre los pueblos paganos no había caballeros. El concepto magnífico de la caballería brotó justamente del culto de la Virgen Madre. El hombre mira con respeto a la mujer desde que el catolicismo exaltó en la Virgen María a todo el sexo femenino.

¿Cómo puedo respetar al Hijo si no rindo homenaje a su Madre?

Bien sabemos que toda la bondad y hermosura de María son dones de Dios. Por tanto, todas las alabanzas que a Ella tributamos, las tributamos al Señor. Ésta ha de ser nuestra divisa: *A Jesús por María.*

Tu madre

Cuando la escuadra yanqui se apoderó de Filipinas ocurrió una escena conmovedora. Frente a Manila, la escuadra estaba

preparada para la batalla. Ya iba a romper el fuego, cuando a un marinero que estaba de servicio en el buque-insignia se le cayó la blusa al mar. Pidió permiso para sacarla; se lo negaron, y se arrojó al agua. Creyeron todos que era un cobarde desertor. A los pocos minutos estaba de nuevo sobre cubierta, pero su caso estaba perdido. Le arrestaron y, después de la batalla, el tribunal militar iba a condenarle a varios años de cárcel.

El general que actuó de juez, Dewey, preguntó después al marinero cómo pudo hacer tamaña locura por una blusa que nada vale. El marinero sacó una fotografía y dijo solamente: «¡Mi madre!»

En la blusa que cayó al mar estaba el retrato de su madre y quiso salvarlo a toda costa.

Dewey abrazó al marinero y le indultó, diciendo: «Los hijos que por el retrato de su madre ponen en peligro su misma vida, seguro que estarían dispuestos a sacrificarse por su patria. A tales hijos no podemos condenarles.»

La Virgen María es tu Madre. ¿Qué estás dispuesto a hacer por ella?

Si es mi Madre, puedo abrirle mi alma confiadamente.

Si es mi Madre, puedo pedirle ayuda, aun cuando mi alma esté ya herida por la tentación y haya caído en pecado.

Si es mi Madre, me mirará compasiva y me ayudará cuando corra a buscar su protección en medio de mis pecados.

Si es mi Madre, no despreciará mis súplicas en las horas de angustia, sino que me defenderá de todo mal.

Nadie que haya acudido a Ella ha quedado sin amparo.

Mira a la Virgen María, ideal puro como la nieve, en quien no hubo siquiera la más leve sombra de mancha, y sentirás que tu alma es atraída hacia las alturas.

Cuando tú pecas, ella llora por ti. A pesar de tus caídas, la Virgen no te rechaza, ya que eres su hijo. Te mira con pena y compasión por el estado de tu alma y su mirada enciende en ti el sentimiento abrumador de la vergüenza: «¡Madre, qué pura eres, y yo cómo me he manchado!»



Nadie que haya
acudido a Ella
ha quedado sin
amparo.

¡No matar! ¡Tengo madre!

En uno de los combates de la Primera Guerra Mundial, luchando cuerpo a cuerpo los dos ejércitos enemigos, un soldado bávaro iba a clavar la bayoneta en el pecho de un oficial francés. Este le gritó, en un mal alemán:

Tu ¡No matar! ¡Tengo madre!

Y ante estas palabras desfallecieron los brazos del soldado bávaro; no pudo matar al enemigo.

Dichoso el joven que en la lucha contra el pecado llama a su Madre, la Virgen María: saldrá ileso de los asaltos.

«¡Madre mía, Virgen María, ayúdame!», grita tú también cuando te cerquen las tentaciones y sentirás cómo la Virgen te conforta en el combate. Repítelo también cuando te visite la desgracia, el dolor y la prueba, verás como te consuela.

Cristóbal Colón dio el nombre de Santa María a la carabela en que emprendió su viaje y bajo la protección de la Virgen Santísima llevó a término su viaje. También la vida humana es un mar que nunca se ve más furiosamente alborotado que en la época de la juventud. Por lo tanto, reza con fervor, con confianza: «Ave Maris stella!» «¡Salve, estrella del mar!»

La verdadera libertad

¿Sabes qué es la verdadera libertad? La libertad del alma. Y ¿sabes cuál es la esclavitud peor? La esclavitud del pecado.

Con esto podrás apreciar el valor del Sacramento de la Penitencia, también llamado de la Reconciliación o Santa Confesión. La confesión es un nuevo nacimiento, la verdadera liberación.

Hoy día es moneda corriente el engaño; pero en la confesión hemos de ser inexorablemente sinceros con nosotros mismos. Es el primer paso en el camino de la enmienda.

Todo pecado clama expiación, reconciliación. En la confesión nos damos cuenta de lo necios que hemos sido al osar levantarnos contra Dios. En la confesión brota la decisión heroica: «¡No viviré así en adelante! No; yo *«iré a mi Padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti»* (Lc 15, 18).

El dolor del arrepentimiento que mostramos en la confesión no nos entristece, sino que nos consuela. Nos humilla, pero también nos llama a nueva vida. En medio de los negros nubarrones del pecado aparece el rayo de la esperanza del perdón.

Quisiera borrar lo hecho. Pero no es posible. Haré por lo menos cuanto sea capaz de hacer: propongo no pecar más (propósito firme), confieso que he vivido mal hasta ahora (confesión) y procuraré dar la debida satisfacción a Dios a quien ofendí.

Todos los hombres sienten que la misma naturaleza les impulsa a abrir el alma a alguien, más todavía si están tristes. Cuando la conciencia del pecado pesa sobre nuestra alma como una montaña, y arrepentidos acudimos a la confesión, abrimos el alma a Dios —en la persona del sacerdote— y sentimos su perdón. Al salir sentimos un alivio inmenso, nos hemos quitado un peso de encima. Cristo me absuelve y surjo de nuevo a una vida nueva, más hermosa, más pura.

Puede ser que a algunos jóvenes les surja la duda después de la confesión y que no estén todavía tranquilos: ¿Es posible que me haya perdonado? ¿Es el Señor realmente tan misericordioso que ahora ya lo ha olvidado todo, lo ha perdonado todo de tal forma que puedo comenzar de nuevo una vida completamente limpia?

Y, sin embargo, así es. Sabes qué grande fue la caída del apóstol Pedro cuando maldiciendo juró falsamente y renegó de su Maestro; a pesar de ello, Jesucristo lo constituyó Cabeza de la Iglesia, después de haber llorado sus pecados.

Gran pecadora fue María Magdalena antes de conocer a Jesucristo, no obstante, arrepentida, mereció el favor de estar junto a la Virgen al pie de la cruz.

San Agustín anduvo errante durante decenas de años en la herejía y en los senderos extraviados de una vida en pecado; pero cuando encontró a Cristo y lloró las caídas de los años de su juventud, llegó a ser el sabio más santo y el santo más sabio de la Iglesia.

A ti también, por muy grandes que sean tus pecados, te acogerá de nuevo el Señor.

¿No te atreves a creer que el Señor te ha perdonado? ¿No sabes que se comparó a una pobre mujer que habiendo perdido una moneda, barre la casa y salta de gozo al hallarla de nuevo?

¿No es el mismo Señor quien propuso la hermosa parábola del hijo pródigo? ¿Y no conoces las palabras invitadoras de Jesús: *«Venid a Mí todos los que andáis cansados y agobiados con cargas, que Yo os aliviare»* (Mt 11,28).



A ti también, por muy grandes que sean tus pecados, te acogerá de nuevo el Señor.

¡Frecuenta la confesión!

Pues bien, ¿cuál es la cosa más necesaria para una buena confesión? Un arrepentimiento sincero y una voluntad firme de confesar nuestros pecados y después enmendar nuestra vida.

El que desea recoger buena cosecha, antes de todo ha de quitar las piedras, ha de extirpar las raíces de todas las malas

hierbas y espinas, y después ha de sembrar en la tierra la semilla buena. La confesión viene a ser una extirpación de malas hierbas y una siembra de buen grano.

«¡Oh!, pero ¡cuántas veces he prometido enmendarme y no lo he logrado!» No importa. Cuanto más cautivo te tenga el pecado tanto más frecuentemente has de acudir a la confesión. El único medio para librarte es el reconocimiento repetido de tus pecados, es decir, el arrepentimiento, y la confesión frecuente.

¿No adelantas, a pesar de confesarte con frecuencia? ¿Y qué sería de ti si te confesaras menos veces? ¡Te hundirías aún más en el pantano! Si desechas está tabla de salvación, tú mismo verás cómo te rebajas a ser esclavo de tus pecados.

«¡Cuánto tiempo hace que tomo la medicina y no me he curado aún!» Así se queja el enfermo. Pues ¿qué sería de ti si no la tomaras? Te habrías muerto ya hace tiempo.

He de llamar la atención sobre algo importante: al confesarte, exprésate bien y dilo todo. Es una lástima lo que pierden aquellos jóvenes que buscan a un confesor que hable lo menos posible —y si es un poco duro de oído, tanto mejor—, que no pregunte nada y ponga poca penitencia. No se dan cuenta de que, aparte de recibir el perdón de Jesucristo, la confesión es un magnífico medio para conocerse a sí mismo por los consejos del confesor. Por este motivo es aconsejable que siempre, a ser posible, sea el mismo. Imposible que te puedan ayudar para que te conozcas a ti mismo si cambias continuamente de confesor. ¿Puede esperar la curación el enfermo que corre continuamente de un médico a otro? ¡Que caos, si tuvieras que aprender matemáticas cambiando de profesor en cada clase!

«Pero ¿qué dirá de mis pecados el confesor? ¿Qué será de mí? Este confesor me conoce. ¿Qué dirá cuando vea las llagas de mi alma? ¡Con el buen concepto que tiene de mí! Y ahora se dará cuenta que yo también soy un joven de los que cede fácilmente a la tentación y cae... ¿No se retraerá ahora de mí?»

De ninguna manera. ¿Luchas? ¿Tropiezas? Bien lo conoce, no se asustará por eso. En el pecado está la humillación pero tu confesión indica tu buena voluntad para querer levantarte. En el confesionario está el mismo Cristo que te toca amorosamente con su mano divina tu frente arrepentida.

Jesús en la confesión te abraza de nuevo. Lo notarás cuando después de haberla hecho salgas a la calle y el mundo te parezca distinto, los rayos del sol más brillantes, los pájaros que cantan más alegres y la vida más bonita. Una pesada losa se te quitó de encima y ya puedes respirar profundamente. ¡De manera que estoy limpio! ¡Señor, soy de nuevo tuyo! Increíble. La alegría inunda tu alma. ¡En tu corazón está Jesucristo!

La sangre vivificadora de Cristo

Junto a las costas acantiladas una horrible tempestad azotó un buque. La nave luchó mucho tiempo con el huracán desatado, hasta que una sacudida la arrojó contra un escollo que se escondía traídoramente en el mar.

Los habitantes de las orillas veían la lucha terrible; pero durante ocho días nadie pudo pensar en salvar a los náufragos.

Al octavo día se calmó por fin la tempestad y los barcos se acercaron al buque destrozado. Ya no había que pensar en salvar a nadie... Todos deberían haber muerto.

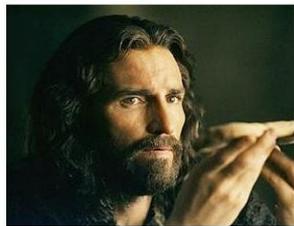
Mas he aquí que... en una de las rocas que emergen del agua hay una mujer con su hijo. La madre está muerta, pero el niño vive. Después del naufragio, madre e hijo fueron echados por el huracán sobre aquella roca; se habían salvado de las olas, pero un nueva amenaza se presentó: la muerte por hambre y sed.

Al sentir acercarse su fin, el único pensamiento de la madre fue para su hijo: ¿qué sería de él, si también ella le abandonara? El amor materno es increíblemente rico en invenciones: con una piedra aguda hirió su pecho y dio su propia sangre a su hijo, a fin de conservarle la vida unas horas más, hasta que el huracán se mitigara y llegase la ayuda.

Muchas veces se compara la vida a un mar alborotado. En nuestro camino se levantan huracanes, surgen escollos, estamos en trance peligroso de morir de hambre espiritual; mas... Nuestro Señor Jesucristo rasga su propio corazón, nos alimenta con su propia preciosa sangre, nos fortalece en todos los combates. He aquí el sublime significado de la sagrada comunión y su precio inestimable para el alma que lucha en el huracán de las tentaciones.

La comunión nos *da la fuerza* para las grandes luchas del alma. ¿Quién no experimenta la ardua lucha que tiene que sostener? Vemos el bien y lo queremos, pero nuestra naturaleza inclinada a pecado nos arrastra hacia el mal. Necesitamos esa fuerza para luchar.

Uno de los mayores cuidados del general en jefe es cómo alimentar a sus tropas. Con soldados hambrientos no pueden ganarse batallas. ¿Y sabes cuál es el alimento principal del alma? Te lo dice Jesucristo: «*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá eternamente y el pan que yo daré es mi misma carne*» (Jn 6, 51).



*Quien coma de este pan
vivirá eternamente, y el pan
que yo daré es mi misma
carne.*

¿Quieres cantar victoria en medio de los innumerables ataques de la tentación? No olvides las palabras de Cristo, no permitas que el hambre agote las fuerzas de tu alma. «¡Si no comiereis la carne de Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Juan 6, 53)

Comulgar es vencer

Ven conmigo, entremos juntos en el circo romano y presenciemos un espectáculo en la época de Nerón. Un pequeño grupo de hombres es conducido al centro de la arena. Ancianos, quebrantados por la edad; madres con niños de pecho en sus brazos; vírgenes esbeltas; jóvenes en la plenitud de la vida..., y en torno suyo, una muchedumbre sin entrañas...

Se abre una puerta y saltan de la oscuridad leones de Africa, que desde hace varios días están sin comer...

Y los cristianos que están en la arena, ¿tiemblan?, ¿imploran clemencia? ¡Oh, no! ¡Cosa admirable! Las fieras se echan sobre ellos, oyesse el crujir de sus dientes, sus garras destrozan la carne viva..., ¿y ellos? Clavan su mirada en el cielo, y con la sonrisa en los labios siguen cantando.

¿De dónde sacaban esa fuerza increíble aquellos millares de hombres? «Perseveraban... en la comunión de la fracción del pan (Eucaristía) y en la oración» (Hch 2, 42).

Antiguamente la comunión ayudaba a triunfar de las tentaciones; es el mismo efecto que tiene hoy.

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y Yo os aliviaré»

Acude frecuentemente a la comunión, sobre todo, si estás triste, si te sientes débil ante las tentaciones, si se te mete el orgullo o la envidia, si te asalta la pereza, si te instiga la impureza... ¿Quieres enmendarte? Ve a comulgar con frecuencia.

San Carlos Borromeo, siendo estudiante, en medio de compañeros corrompidos de una gran ciudad supo guardar intacta su pureza de corazón. Cuando le preguntaron de dónde sacaba las fuerzas para ello, contestó: «Es el efecto de la santa comunión; he comulgado todos los domingos y días de fiesta.»

¿Todos los domingos? Te espantas. «No; eso yo no puedo hacerlo, ¡Soy indigno!» Conforme. Pero no sólo eres indigno de comulgar todos los domingos, sino también de hacerlo una sola vez. ¡Tú y todos! Si la comunión fuese un premio, nadie podría comulgar con tranquilidad. Pero no es una recompensa, sino un admirable manantial de energía, que puede aprovechar el cristiano mientras tenga el alma limpia, sin pecado grave o mortal.

La comunión es «paz en la guerra, victoria en la lucha, auxilio en la necesidad, vida en la muerte.»

«¡Tantas veces he comulgado y, no obstante, he caído!», dices, lamentándote. No lo achaques al Santísimo Sacramento. Tanto más te aprovechas cuanto mejor te preparas, deseas recibirlo y cuánto mejor conversas con Él cuando está dentro de ti. Cuanto más profundo y vacío sea el recipiente, tanto más líquido puede contener.

«¡He caído tantas veces!» Y qué sería de ti si no hubieses comulgado.

Pocos hombres habrá de carácter tan vehemente como el alférez de marina Marceau. A la menor contradicción, se levantaba en él la lava encendida de la ira, y a duras penas sabía contenerse. Luchaba, comulgaba diariamente y, a pesar de todo, la ira estallaba muchas veces en él. Un día le preguntaron algunos de su

tripulación cómo podía ser tan iracundo un hombre que comulgaba diariamente. «Sabed -contestó el alférez- que si no comulgara con tanta frecuencia, ya os habría echado a todos al mar.»

¡El Señor está en mí!

Después de comulgar cierro los ojos. No pienso en nada más que en Cristo. Y entonces empiezo a hablar interiormente.

«Vivo. Pero ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Todo lo puedo en aquel que me conforta, Cristo Jesús. ¡Señor! Estás aquí, en mi corazón. Tu Corazón Sagrado, late en mí por mi amor. ¡Oh Jesús mío! Jesús manso y humilde de corazón, ¡haz mi corazón semejante al Tuyo!...»

Con éstas o semejantes palabras habla con amor a Cristo, que ha bajado hasta ti.

La sagrada comunión es insustituible. «*Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*», te dice Jesucristo (*Jn 6, 5*).

Entonces, ¿no se puede vivir honradamente sin comulgar? Se puede vivir una vida ordinaria, pero no se puede vivir una vida sobrenatural, que aspira a la eternidad y la merece.

Recuerda: la comunión frecuente es fuerza en las tentaciones, aliento en las luchas espirituales, consuelo en el pecado y medicina contra la tristeza.



La comunión frecuente es fuerza en las tentaciones, aliento en las luchas espirituales, consuelo en el pecado y medicina contra la tristeza.

Y en el caso de que no puedas comulgar realmente, excita en ti vivos deseos de recibir a Jesús y visítale con frecuencia en el

Sagrario; en una palabra: comulga espiritualmente. Si pasas cerca de una iglesia, entra un momento y abre tu alma sedienta ante Nuestro Señor Jesucristo, que está en el Sagrario:

- ¡Señor mío y Dios mío! Nada soy, mírame, tropiezo y caigo, pero... ¡soy tuyo! Ayúdame para que esté más limpio cada día, para que mi voluntad sea más fuerte, para que mi carácter tenga cada vez más recio temple. Ayúdame, Señor...

Sé coherente

Alejandro Magno dijo a un soldado cobarde, que también se llamaba Alejandro: «¡Amigo, cambia de nombre o cambia de comportamiento!» Lo mismo podríamos decir a muchos jóvenes que se llaman cristianos, pero con su vida, conducta y superficialidad manchan tal nombre.

¿Qué vale la fe si no se traduce en la vida? De qué nos sirve si nuestra manera de pensar, nuestras palabras, toda nuestra vida es un mentís rotundo al ser cristiano?

Rabindranath Tagore, el renombrado escritor indio, después de un viaje por Europa manifestó que estaba impresionado por la falta de moralidad con que vivían muchos cristianos. Es la consecuencia más terrible de la fe muerta de muchos compañeros, tras dos mil años de Cristianismo.

¿Dónde está el fallo? ¿En el Cristianismo? ¡No! Sino en que el Cristianismo, para gran número de cristianos, no es más que apariencia exterior, que no va acompañada de una vida cristiana consecuente con la fe.

Y, sin embargo, Dios nos ha dado la religión revelada no sólo para que mediante ella lleguemos a saber algunas verdades más, sino para que vivamos según ella.

Fíjate bien en esto. En el colegio, estudias «religión» lo mismo que estudias matemáticas, física, geografía... Si sabes estás últimas asignaturas, ya has cumplido con tu deber; pero si no haces más que saber religión, todavía nada has hecho, aunque la apruebes. La religión no sólo ha de saberse, sino que se ha de practicar.

«Sed santos, como Yo soy santo» (Levítico 11, 44).

«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

«Todos los que habéis sido bautizados... estáis revestidos de Cristo» (Carta a los Gálatas 3, 27).

Luego ¿Cristo vive en mí? Se tiene que notar. Las cosas materiales me lo pueden impedir si me apego demasiado a ellas. Como la mosca que se pega al papel engomado, así lucha también el alma que quedó prendida en los intereses terrenos, en la materia, en el fango. Y sin embargo, según el plan divino, ¡tendríamos que ser águilas!

Dime: ¿qué quieres ser: águila o mosca? ¿Águila que vuela en las alturas con libre vuelo o mosca pegada al papel?

No es lícito decir que la fe es un asunto íntimo. El alma de toda cultura debe ser la cultura del alma. Tu fe se tiene que manifestar al exterior.

«¡Siempre adelante, nunca atrás!»

Es la inscripción que se lee en una Escuela Militar. Ésta ha de ser también tu consigna como joven creyente.

Quiero llevar a Jesús en mi alma, en mi vida. Quiero ser verdadero Cristóforo, es decir, portador de Cristo.

¡Señor, que sea fuego y tu amor arda en mí!

¡Señor, que sea espejo y tu hermosura se refleje en mí!

¡Que sea yo, Señor, siempre y en todo tu hijo, cuya alma limpia no conoce el pecado; que sea yo —concédemelo Señor— un «joven creyente»!

Sed santos, como Yo soy santo.

